

A Lucía

Triste era aquel otoño cuando desfallecíamos.

Rendido por el estudio, ponía yo el codo sobre las cuartillas garrapateadas de francés, sobre unos alejandrinos de Racine plenos de anotaciones o una escena festiva de Moliere... y veía caer, tras el cristal que la humedad esmerilaba a techos, hojas, agua y hojas amarillas... Veía oscurecer pronto, y el escepticismo se me iba alma adentro.

En el fondo, tendida sobre el diván, refugiabas el semblante en la penumbra grana de la pantalla, cerrabas los ojos... Un libro, por el suelo, mostraba el sitio a donde no alcanzaron a llegar sus brazos al desgonzarse.

En esos ojos, que devoraban junto a mi todo lo que nos prometiera una idea nueva; en esos ojos que la fatiga del estudio ha suavizado, vi refugiarse mi voluntad cuando la echaba de menos.

LOS CREADORES DE LUIS ENRIQUE OSORIO

Pieza en tres actos, representada por primera vez en el Teatro Michel, de París, en la noche del 12 de junio de 1926, por la Compañía de "La Grimace", según el original francés.

REPARTO:

CECILIA	Henriette Marion
NINETTE	Isa Boitel
MARISA	Claire Prémère
DONFABIÁN	Jean D'Ax
MARCEL	Maurice Lagrenée
RICARDO	René Worms

Dirección de Fernand Bastide.

(Derecha e izquierda, las del apuntador).

ACTO PRIMERO

Salón de una villa en Saint-Cloud. Puertas a derecha e izquierda. Al fondo, gran puerta de cristales y amplio ventanal. Muebles antiguo,, entre los cuales se destaca un sillón Luis XIII. En el centro, una mesa con revistas. El conjunto es austero.

DON FABIÁN, un anciano circunspecto, halla* se en mitad de la escena, envuelto en su bata, arrellanado en el mejor sillón y embebido en la lectura de un libro cuyas páginas pasa cuidadosamente. MARISA, la sirvientica, atraviesa la escena de izquierda a derecha con una garrafa de agua, y deja las puertas abiertas. DON FABIÁN suelta el libro, se levanta, va a cerrarlas, y vuelve a la lectura. No ha acabado aun de sentarse cuando MARISA atraviesa otra vez el salón, las manos rebosantes de ropa blanca, y... ¡diantre! ¡Deja abiertas las puertas!

DON FABIÁN no se inmuta; apresúrase a cerrarlas una vez más y vuelve a su volumen. Pero cuando la sirvientucha reaparece, el anciano manifiesta viva contrariedad y hace chasquear el libro.

DON FABIÁN. – Escucha.

MARISA. – (***Deteniéndose***) ¿Señor?

DON FABIÁN. – ¿Eres del Mediodía?

MARISA. – (***Curiosa***) Casi, señor.

DON FABIÁN. – No me había equivocado.

MARISA. – ¿Lo adivinó usted?

DON FABIÁN. – Sí.

MARISA. – ¿De qué manera?

DON FABIÁN. – No por tu acento, que es muy parisiense.

MARISA. – ¿Le parece a usted?

DON FABIÁN. – Apuesto a que tu señora ha dicho delante de ti: "Voy a traer a casa al viejo gruñón de don Fabián, está muy decaído..necesita aire"...

MARISA. – Sí, señor.

DON FABIÁN. – En consecuencia, como necesito aire, cada vez que pasas por el salón dejas las puertas abiertas de par en par.

MARISA. (***Precipitándose a cerrarlas***) Perdóneme usted... Es que... olvido siempre...

DON FABIÁN. – Muy mal hecho.

MARISA. – Y luego, tengo tanta prisa...

DON FABIÁN. – (**Mirándola fijamente**) El olvido, la precipitación.... Todo eso está mal!

MARISA. – Van a llegar dentro de un momento y las habitaciones no están listas. Por consiguiente...

DON FABIÁN. – ¿Van a llegar? ¿Quienes?

MARISA. – La Hermana de la señora y...

DON FABIÁN. – ¡Cómo! ¡Yo no sabía nada!

MARISA. – La señora recibió anoche un telegrama. Nada me dijo, sin embargo.

MARISA. – Usted había subido ya a su habitación.

DON FABIÁN. – Tendremos, pues, acá a los recién casados.... Pero yo los creía en América.

MARISA. – La señora también. Para ella fue una gran sorpresa saber que estaban en el puerto.

DON FABIÁN. – Y dices que.... dentro de un momento. ¿Debo ir entonces a emperejilarme?

MARISA. – La señora salió ya para la estación a encontrarlos.

DON FABIÁN. – ¿Don Ricardo también?

MARISA. – (**Rompe a reír**) ¿El?

DON FABIÁN. – ¿Tiene gracia lo que he preguntado?

MARISA. – Son las ocho y media de la mañana.

DON FABIÁN. – (**Mira su reloj**) Las ocho y treinta y tres.

MARISA. – Es lo mismo.

DON FABIÁN. – Para ti, que no eres un viejo profesor. Pero vayamos por orden. Te pregunto si Don Ricardo bajó a la estación con tu señora, rompes a reír, dices que son las ocho y media... No hallo qué correlación...

MARISA. – ¿El señor levantado a esta hora? ... Eso nunca se ha visto.

DON FABIÁN. – ¡Malísima costumbre!

MARISA. – Además, llegó a las tres de la mañana.

DON FABIÁN. – ¡Oh! ¡Basta! ¿Tendré que reñirte?... ¡Oh, las mujeres!.... Sobre todo las mujercitas de cofia y delantal... Son como el sol de tu país: quieren ponerlo todo en claro.

MARISA. – (***Va a la ventana, mitad cohibida, mitad divertida***) Ya vienen, Don Fabián.

DON FABIÁN. – ¿Se les puede ver desde ahí?

MARISA. – Ya lo creo. Desde aquí se ven todos los alrededores... las casitas de la colina, la iglesia, la estación, todo... el río allá abajo, el Bosque del lado de acá... y del lado de allá, todo París.... la torre de Eiffel, .. Si no hubiera bruma se distinguiría también el Sagrado Corazón, blanco y así de grande, como torres de juguete... Mire usted, señor, el auto de la casa, que sube por esa callecita... y el tren que se aleja... ¡Oh, qué preciosos, los copos de humo sobre esos tejados rojos!

DON FABIÁN. – Veamos... (***Se quita los anteojos de leer y busca los otros en los bolsillos de la bata***)

MARISA. – ¡Allá!

DON FABIÁN. – (***Poniéndose los segundos anteojos y acercándose a MARISA***) Lo veo todo ahora... Gorjea, gorjea... Antes de oírte, ni siquiera me había tomado el trabajo de buscar los lentes para ver de lejos... Imaginaba yo que este ventanal daba sobre el vacío.... La pícara que sabe ponerlo todo en claro.... (***La pellizca una mejilla***) No bajes los ojos socarronamente.

MARISA. – No, señor...

DON FABIÁN. – Tengo derecho a bromear con las chicas en nombre de la ciencia... y a reñirlas también, cuando dejan las puertas abiertas.

MARISA. – ¿Cierro también la ventana?

DON FABIÁN. – ¡Jamás! Siempre has de ir de un extremo al otro, exagerando. Me abres los ojos a esta maravilla, y en seguida pretendes cerrar la ventana... En efecto... La torre.... el humo del tren.... tal como lo has dicho.

MARISA. – Voy a alcanzarle la silla.

DON FABIÁN. – Muy bien pensado.

MARISA. – Aquí la tiene usted.

DON FABIÁN. – (**Tomándole una mano**) Y te prohíbo que murmures.... Te lo prohíbo.

MARISA. – (**Vuelve la cara para otro lado, sonriendo**) bien.... (**Hace un débil esfuerzo para liberarse**)

DON FABIÁN. – ¿Quieres escapar... para no oírme?

MARISA. – Ya llegaron.... Voy a recibir las maletas.

DON FABIÁN. – Ve, pues. También debo yo dejar el paisaje para subir a hacerme el nudo de la corbata...

MARISA. – Con el permiso de usted...

(**Sale rápidamente por la izquierda y deja la puerta abierta**)

DON FABIAN. – ¡Y vuelta a las misma!! ¡Una cosa tan sencilla, tan elemental! ¡Eres testaruda!

(**Sale por el lado opuesto y deja también la puerta abierta**)

(**CECILIA Y NINETTE, entran hablando, por la izquierda**).

NINETTE. – (**Alegremente**) ¡Oh! ¡Nuestro viejo salón! ¡Qué dicha volverlo a encontrar.... y mi silla preferida! (**Se sienta junto al ventanal**)

CECILIA. – (**Apaciblemente**) Ahí estás incómoda.

NINETTE. – En absoluto.

CECILIA. – Te da el sol en la cara. Voy a bajar la cortina.

NINETTE. – No te preocupes. Déjala así. El sol no me molesta. (**Se quita el sombrero**) Al contrario.

CECILIA. – Dámelo acá.

NINETTE. – Gracias. (**Le da el sombrero y se pone en pie**) ¿Un espejo?

CECILIA. – Allá, a tu espalda.

NINETTE. – Ah, sí.... (**Va al espejo para examinar su peinado**) ¡Vaya una pregunta! Bien sabía ya que aquí había un espejo.

CECILIA. – (**Contemplando el sillón con vaga tristeza, pero con suma naturalidad**) Hay personas que no dejan atrás huella: una sombra... y unas pocas recuerdos insignificantes, alrededor de un viejo sillón.... sus gestos triviales. ", sus prejuicios...

NINETTE. – (**Sin prestarle atención, muy alegre**) ¡Oh Cecilia!

CECILIA. – ¿Qué pasa?

NINETTE. – ¡Mis enredaderas! ¡Cómo han crecido! ¡Y están llenas de flores! ¿Ves que yo tenía razón? ¡Cómo alegran la casa!

CECILIA. – (**Con fría complacencia**) Sin duda...

NINETTE. – (**Respirando un gajo**) ¡Qué aroma.... (**Arranca unas flores**) Este olor me recuerda tantas casas. (**Festiva**) Me veo de chica, en medio del parque, con mis muñecas.... Y tú, en la terraza, leyéndole a la tía.

CECILIA. – (**Nuevamente reflexiva**) La misma me sucede cuando tarareo aquella canción que ella nos cantaba por la noche, para dormirnos, después de la muerte de mamá... (**Acaricia el espaldar del sillón**)

NINETTE. – (**Que piensa ya en otra cosa**) ¿Pero por qué? ¿Me hablabas?

CECILIA. – No. ¿Qué dices?

NINETTE. – Por qué no dejaste que las enredaderas se extendieran al frente como una cortina? Esa era mi idea: cubrir, esconder.

CECILIA. – Francamente.... Prefiero el panorama,

NINETTE. – Muy bello para verlo una, dos veces; pera tener siempre París a la vista, de todas las ventanas, de todos los rincones.... A la larga, eso fatiga.

CECILIA. – No he olvidado tus gustos. Se te prepararon las habitaciones que dan al otro lado del parque.

NINETTE. – ¿Y mis gorriones? Supongo que no los habréis descuidado.

CECILIA. – (**Ríe maternalmente**) Ahí están todavía, tranquilízate. Marisa se ha encargado de mimarlos durante tu ausencia.

NINETTE. – (**De nuevo en la ventana**) Sin embargo, ¡qué felicidad siento al ver París!.... ¡París!... (**La brisa le disipa la emoción**) ¡Oh! ¡Qué brisa! ¡Me ha despeinado! (**Va una vez más al espejo para arreglarse los cabellos**).

MARCEL. – (**Entra por el fondo, con una maleta que coloca silenciosamente sobre el sillón de la tía. Luego se aproxima en puntillas a su mujer**).

NINETTE. – (**Divertida**) Te veo venir.

MARCEL. – ¡Vanidosa! (**Le acaricia bruscamente la cabeza**)

NINETTE. – Mi marido es peor que la brisa.

(Entra MARISA por la izquierda, con cinco maletas de diferentes formas y tamaños)

MARISA. – ¿Esto es todo, señorito?

NINETTE. – Queda todavía una pequeña, junto al puesto del chofer.

MARCEL. – Mi mujer es coleccionista de objetos incómodos.

NINETTE. – Marisa: ¿ha cuidado usted bien mis gorriones?

MARISA. – Sí, señora. Todas las mañanas subo a llevarles migajas de pan, como la señorita lo hacía.

NINETTE. – ¡Tanto mejor!

MARISA. – Me conocen ya. Apenas me ven en la ventana comienzan a piar como locos y vienen todos a la terraza. Son inteligentísimos.... Hay uno encantador, que come siempre en el pico de su compañera,

MARCEL. – ¿Cómo sabe usted si es la compañera?

MARISA. – **(Risueña)** ¡Ah... Señorito... Eso se comprende!

NINETTE. – ¡Burlón!

MARISA. – Ahora hay dos pequeñitos que comienzan apenas a volar.

NINETTE. – ¡Qué monos! Tráigame usted un pedazo de pan,

MARISA. – Si, señora. **(Sale por la derecha con las maletas)**

NINETTE. – ¡No andareguear más! ¡Qué felicidad!

CECILIA. – ¿Siempre casera?

NINETTE. – Mi marido no se cansará jamás de vivir cama el Judío Errante. Yo hallo eso insoportable.

MARCEL. – No viajaremos más.... ¡Ojala que el fastidio me inspire muchos libros!

NINETTE. – ¡Tus libros! Nunca piensas en otra cosa.

CECILIA. – ¿Prepara usted algo ahora?

MARCEL. – Sí, Cecilia.

CECILIA. – ¿Amargo, como de costumbre?

MARCEL. – No sé todavía,

NINETTE. – No extrañes, Cecilia, si pasa ocho días sin dirigirte la palabra. Hay que temerle a su carácter.... (**Acariciándole la cabeza**) Pero en el fondo, él es muy bueno. (**Lo besa en las mejillas**) ¿Verdad, chiquillo? ... (**A CECILIA**) Son los primeros besos que le doy delante de ti. ¿No me encuentras descarada?

CECILIA. – ¡Qué pregunta!

(**MARISA atraviesa la escena de derecha a izquierda y cierra las puertas cuidadosamente**)

MARCEL. – (**En la ventana**) ¡París! Mira, Ninette.... ¿No es esto sublime?

NINETTE. – Sí, estamos de acuerdo. (**Se retira mientras él habla**)

MARCEL. – Es sublime, precisamente porque no podemos penetrar toda la grandeza de su significación.

NINETTE. – (**Risueña**) ¿Cómo?

MARCEL. – Tú preferirías la vista de un dominio que te perteneciera, en pleno campo... ¡gran egoísta!... para darte el gusto de decir a toda hora: ¡Soy aquí el amo! ¡Esto es mío!

NINETTE. – (**Arreglando sus flores**). ¿Por qué no?

MARCEL. – (**Mirando el panorama**) A mí me atraen más estos panoramas hechos por el hombre.... ¡Estos espectáculos ante las cuales nos sentimos tan pequeños! Donde la naturaleza desaparece baja la obra humana.... Aquí cada detalle oculta mil pensamientos.... mil dolores quizá...

CECILIA. – (Que se ha acercado a él poco a poco, a medida que Ninette se aleja) ¡Qué cierto es eso!

MARCEL. – (**Volviendo a mirar sorprendido**) ¡Oh, Cecilia!...

NINETTE. – (**Muy ajena a la emoción de los otros, precipitadamente**) Cecilia: ¿quieres darme una hebra de hilar para atar mis flores?

CECILIA. – Sí, sí.

(**Hay, en el movimiento de estos tres personajes, cierta gravitación espiritual, que el público debe sentir. MARISA atraviesa la escena de izquierda a derecha, con la última maleta y un trocito de pan**)

NINETTE. – Espera... Aquí tengo.... Permítame usted, Marisa.

MARCEL. – ¿Y Ricardo? ¿Duerme todavía?

CECILIA. – Entró algo tarde. Ignora que habéis llegado.

MARCEL. – Dejémoslo tranquilo entonces.

MARISA. – Si quieren los señores pasar a sus habitaciones...

NINETTE. – Sí.... Traiga usted aquella otra maleta y...

(Entra DON FABIAN por el fondo. MARISA sale por la derecha)

DON FABIAN viste traje de calle y su corbata está peor enredada que un verbo irregular.

DON FABIÁN. – Bienvenidos.

NINETTE. – (***Yendo hacia él***) ¡Oh!

MARCEL. – ¡Cómo!

CECILIA. – Os reservaba esta sorpresa. Llegó ayer. Pasará el verano con nosotros.

DON FABIÁN. – No exageremos. La mitad apenas.

NINETTE. – ¡Cuánto me alegro!

DON FABIÁN. – Es esta la primera vez que te da gusto verme. Si viniera a tomarte la lección me harías aun mala cara. ¡Pésima discípula! ¡Lo que me ha hecho rabiar!

NINETTE. – ¿No encuentra usted nada más amable que decirme después de un año y medio de ausencia?

MARCEL. – Hago constar que, en todo ese tiempo, ella no le ha olvidado a usted un solo día.

DON FABIAN. – ¿Es verdad?

MARCEL. – Nunca pudo pasar ante una librería sin hablar de Don Fabián, "a quien le gustan, como a ti, esas cosas".... y sin despacharle los mejores libros de los estantes.

DON FABIÁN. – Bien comprendí que era ella quien ordenaba esos despachos. No consultó sino las pastas para aderezarme una biblioteca. Delicada ha sido la atención; pero demuestras una vez más, chiquilla, que es cierto lo que le dije a este mozo cuando iba a casarse contigo. Posees a maravilla el arte de la

superficialidad.

MARCEL. – Si eso fuera un arte....

DON FABIÁN. – No estaba yo tan enfadado como lo parecía cuando encontraba objetos de tocado entre tus cuadernos de estudio. Aquello tenía su encanto: descubrir en el fondo de las cosas más serias conclusiones tan frívolas. Cuando me enfadaba de verdad, era conmigo mismo. (**A MARCEL**) En cuanto a Ud., la felicidad le salta a la cara. Ya no os faltan sino los gritos y el babero del primogénito.... (**Los mira alternativamente**) ¿No será esa la razón que os trae acá de nuevo, de manera tan intempestiva?

NINETTE. – (**Se retira riendo**) ¡Oh, Don Fabián!

DON FABIÁN. – ¿Subterfugios?

NINETTE.!. – No. Iba a subir cuando usted llegó.

DON FABIÁN. – ¡Ah, bien, bien!

CECILIA. – (**A NINETTE, que se equivoca de puerta**) ¡Por acá!

NINETTE. – Es verdad... ¿Vienes, Marcel?

MARCEL. – En seguida.

NINETTE. – Tienes que cambiarte.

MARCEL. – Sí, sí.... (**La sigue**)

DON FABIÁN. – (**Deteniéndolo**) No se irá usted sin responderme.

MARCEL. – ¿Cómo ?

DON FABIÁN. – ¿Estoy en lo cierto?

MARCEL. – ¡Qué indiscreción!

DON FABIÁN. – ¡Le felicito! Así cambiará usted de carácter, verá la vida de otra manera, será otro hombre.

MARCEL. – ¿Cree usted?

DON FABIÁN. – Cuando usted tenga un hijo, se arrepentirá de haber escrito ese libro que me obsequió al partir en viaje de bodas.... Los presuntos Creadores.

MARCEL. – ¿Por qué?

DON FABIÁN. – Aquello es falso. Habla usted mucho de lo que no entiendo... del

amor, entre otras cosas.

MARCEL. – Ese libro, créame usted, no es imaginación... Lo viví, lo viví intensamente.

DON FABIÁN. – ¡Vaya una candidez! Decir que la felicidad se halla en la realización de los grandes sueños... y que el más grande de todos ellos es el amor de dos soñadores que se comprenden, y van juntos tras el mismo ideal.. ¡Bah!

MARCEL. – . – (**Incómodo**) Tan convencido estoy de ello que...

DON FABIÁN. – Y llama usted creadores a quienes logran realizar esas utopías... Creadores de su propia felicidad... Creadores egoístas, diría yo.

MARCEL. – Voy a explicarle a usted... a demostrarle... Cuando escribí ese libro, yo estaba enamorado locamente.

DON FABIÁN. – Ello es una excusa; pero no un argumento.

MARCEL. – Era aquella una mujer tal como yo la hubiera soñado. ¡Qué superioridad de espíritu! ¡Qué inteligencia! Jamás . – óigalo usted bien- jamás había llegado ni llegaré a sentir una pasión tan absorbente, tan... En fin, a ella van unidos los mejores recuerdos de mi vida, toda la felicidad que...

DON FABIÁN. – ¿Por qué entonces ese libro destila una amargura que contradice todas sus ideas optimistas?

MARCEL. – ¡Ah! Eso ya es otra cosa... También me preguntará usted: ¿Qué se ha hecho esa mujer? ¿Por qué no es ella la que?

DON FABIÁN. – Justamente.

MARCEL. – Si los sueños se realizaran siempre...
(**Pausa**)

DON FABIÁN. – (**Tras breve reflexión**) Mejor es así. Ha hecho usted bien en obrar contra sus principios. La felicidad no reside en las grandes concepciones del espíritu, sino en las nimiedades; en todo aquello que distrae a los niños y a los inconscientes. Cuando usted quiera ser feliz, cierre los ojos y sea como ella... como Ninette.

MARCEL. – Entonces, ¿es inútil pensar, aspirar?

DON FABIÁN. – ¡Oh, no! Los seres pensantes y ambiciosos tenemos una bella misión que cumplir: darnos cuenta de lo que es en sí la felicidad y prodigarla a los otros.... Sólo así lograremos ser verdaderamente creadores.... Esto no lo comprenderá usted sino cuando se halle al lado de una cuna, cuando comience usted a vivir para él... para el pequeñuelo que se le prende a las rodillas, los labios húmedos y torpes, la mirada limpia de pensamientos.

MARCEL. – (**Con burlona ironía**) Me conmueve usted.

DON FABIÁN. – (**Busca en su cartera una fotografía**) Mire usted, Marcel.

MARCEL. – (**Con desagrado**) Pero... ¡esto es el cadáver de un niño!

DON FABIÁN. – Sí,

MARCEL. – ¿De quién? ...

DON FABIÁN. – ¡Mi único hijo!

MARCEL. – (**Con fingida compasión**) ¿Qué edad tenía?

DON FABIÁN. – No había cumplido dos años.

MARCEL. – ¡qué duro golpe!

DON FABIÁN. – Tenía los ojos negros, los cabellos rubios... ¡una sonrisa tan suya, tan especial!... Todo el mundo se encantaba con él!... ¡En la vida hay tantos sueños que se van así.... tantos grandes sueños que se reducen a esto que ve usted ahora...!

MARCEL. – ¿Cómo tiene usted valor para guardar esta fotografía?

DON FABIÁN. – Es el recuerdo del instante que partió mi vida en dos pedazos.... Antes, yo era como usted: una imaginación desbordante, un mártir del cerebro.... Tenía yo grandes aspiraciones, y aun la pretensión de crearme un hombre extraordinario... Al nacer él comprendí mi bella insignificancia, y aprendí que hay algo más valioso que todas las grandes utopías: cuidar la sonrisa de un niño.

(**Entra MARISA por la derecha**)

MARISA. – La señora pregunta si el señor...

MARCEL. – Voy allá.

DON FABIÁN. – (**Con festiva ironía**) Es verdad. Tenía usted que cambiarse. Eso es más importante que todo.

MARCEL. – Con el permiso de usted.

DON FABIÁN. – ¡Ya lo creo!!

MARCEL. – (**A MARISA**) ¿Por acá?

MARISA. – Sí, señor. Al terminar la escalera, la primera puerta a la derecha.

(Mutis de MARCEL por la derecha. MARISA le sigue)

DON FABIÁN. – Marisa.

MARISA. – (**Deteniéndose**) ¿Señor?

DON FABIÁN. – Voy a darte una mala noticia.

MARISA. – ¡Cielos!

DON FABIÁN. – Tengo un dolor desesperante... aquí.

MARISA. – ¡En el pecho!

DON FABIÁN. – Aquí.... del lado del corazón.

MARISA. – (**Maliciosa**) ¿De veras?

DON FABIÁN. – La culpa es tuya.

MARISA. – (**Riendo maliciosamente**) ¡Oh, don Fabián!...

DON FABIÁN. – ¡La coqueta! No interpretes mal mis palabras. No es pena de amor, ni muchísimo menos. Tan sólo un mal aire.... Me has fastidiado.

MARISA. – ¡qué contrariedad!... Escuche usted:

DON FABIÁN. – ¡Oh!... No me hables de drogas.

MARISA. – Pero.... Créame usted...

DON FABIÁN. – Mi remedio es sencillo: una copita de cognac, y el tal dolor huye como por encanto.

MARISA. – ¡Nada más fácil!

DON FABIÁN. – Un cognac, sí. Me sentará bien.

MARISA. – Voy a traérselo.

DON FABIÁN. – No muy grande.

MARISA. – Usted se servirá lo que le parezca. (**Sale por la izquierda**)

DON FABIÁN. – Muy bien.

MARISA. – (**Reaparece con un servicio de licores**) Aquí tiene usted.

DON FABIÁN. – Admirable manera de corregir tus errores... (***Mira la botella***) Es viejo, ¿verdad?

MARISA.. – Sí, señor.

DON FABIÁN. – (***Consultando la etiqueta***). Mi edad poco más o menos.

MARISA. – ¿Quiere usted que yo le sirva?

(***Entra CECILIA por la derecha***)

CECILIA. – No, Marisa. ¿Qué hace usted? Había olvidado advertírselo. A don Fabián, ni una gota de licor. Para él es fatal.

MARISA. – El señor lo pidió.

DON FABIÁN. – ¿Por qué no?

MARISA. – Es como medicina que va a tomarlo.

CECILIA. – Llévase usted eso, Marisa. ¡Ni una gota de alcohol a don Fabián!

(***Mutis de MARISA, sonriendo***)

DON FABIÁN. – Si le hubieran dicho a usted, Cecilia, cuando tenía quince años... si le hubieran dicho a usted entonces, respecto a los mocitos: ¡ni una mirada!... ¿Qué hubiera usted hecho?... ¿Mirarlos a hurtadillas?

CECILIA. – Ha hecho usted muy mal.

DON FABIÁN. – Hay ciertos recuerdos que, parece que nos dijeran al oído: atúrdete un poco.

CECILIA. – Lea usted la carta de su mujer

DON FABIÁN. – No hablemos de eso. Desde hace veinticinco años, mi mujer no ha dicho una sola palabra interesante.

CECILIA. – Es usted cruel para con ella.

DON FABIÁN. – Víctor Hugo la describió muy bien en un verso: Tú, cascabel vacío, que aunque te agiten callas.

CECILIA. – ¡Es tan buena!

DON FABIÁN. – ¡Una santa! ¡La ignorancia ha hecho más santos que el genio.

CECILIA. – En fin, no es ella quien lo dice: es el médico. Lea usted.

DON FABIÁN. – (***Tirando la carta sobre la mesa***) Ya sé, ya sé. Conozco sus pronósticos. Para vivir algunos años aún, debo renunciar a vivir desde ahora.

CECILIA. – Usted renuncia de todos modos. (***Quitándole suave. mente el volumen que tiene él en la mano***) ¿El médico le ha ordenado, por ejemplo, que durante el veraneo lea libros de matemáticas?

DON FABIÁN.. – (***Dogmáticamente***) Media hora de matemáticas todas las mañanas es la mejor gimnasia para el cerebro. Si nos dijéramos todos los días al levantarnos que dos y dos son cuatro, cometeríamos menores errores en la vida.

CECILIA. – (***Con cariñosa ironía***) Acaba usted de demostrarlo.

DON FABIÁN. – (***Incómodo, pero sonriente***) ¿Es usted quien me da ahora una lección?

CECILIA. – ¡Oh! .. Nunca me atrevería...

DON FABIÁN. – Sería usted muy capaz, sin embargo. , ¡Mi discípula! ¡Mi pequeña discípula que quería saberlo todo!... ¿Logré saciar esa curiosidad? ¡Vaya una pregunta!.... Tan sólo sé que sin cierta vocecilla dulce que me preguntaba diariamente la razón de todas las cosas: por qué así, por qué así...hubiera yo pasado menos noches en blanco.

CECILIA. – (***Con falsa modestia***) ¡Exagera usted, don Fabián!

DON FABIÁN. – (***Fingiéndolo enfado***) ¿Cree usted que aquello era fácil? Llegué a pasar noches enteras sobre los libros, tan sólo para encontrar la respuesta a la más nimia de las preguntas que usted me hacía... ¡Preguntar es sencillo! ¿Cree usted que responder es la misma cosa?.... ¡Vaya un candor!

CECILIA. – ¡No se exalte usted así!

DON FABIÁN. – No puedo menos.

CECILIA. – (***Sonriente***) Entonces, no se queje usted de su mujer.

DON FABIÁN. – ¡Ah! Ella es el extremo opuesto. Su curiosidad no ha pasado jamás de las pastas de mis libros, que por lo común están limpios y ordenados. Quizá por eso me entregué de lleno al estudio.

CECILIA. – ¿Como?

DON FABIÁN. – El aliciente que me hacía falta en el hogar lo busqué en la ciencia... acariciando esos libros como los únicos seres que podían calmar mi ansia de emociones... Desgraciadamente, cuando murió mi chico, los encontré fríos. Quise entonces amenizarlos un poco, ¡diantre!, escondiendo detrás de ellos una botella de buen vino.... Confíese usted que tenga razón en reincidir de cuando en cuando. La tristeza puede a veces más que la voluntad. Y una o dos copas...

CECILIA. – Así se empieza, y luego.... (**Fúnebre**) Volveremos a las mismas de antes.

DON FABIÁN. – (**Tras un silencio fastidioso**) ¿Y qué?

CECILIA. – Bien sabe usted lo que le sucede...

DON FABIÁN. – Sí.

CECILIA. – Debe usted respetar su inteligencia.

DON FABIÁN. – La inteligencia nada tiene que ver con este pobre cascarón humano.... Además, lo que usted me recuerda...

CECILIA. – No hablemos más de eso.

DON FABIÁN. – (**Como quien se empeña en lastimar la herida**) ¿Qué quiere usted decir? ¿Qué en otro tiempo.... me recogían en mitad de la calle..., a media noche?

CECILIA. – (**Vacilante**) Sí...

DON FABIÁN. – Ese es un grato recuerdo... porque a una de tales aventuras le debo el haberla conocido a usted... Si su padre no me hubiera encontrado una noche en mitad de la plaza Pigalle...

CECILIA. – (**Impaciente**) Bien, bien...

DON FABIÁN. – ¿Le molesta a usted recordar que el bueno de su papá era algo libertino?

CECILIA. – Estaba en su derecho.

DON FABIÁN. – El sostenía lo mismo: que él tenía derecho de echar canas al aire, como todo burgués; pero que yo... Descuide usted, hija, que también él me sermoneaba.

CECILIA. – Con mucha razón.

DON FABIÁN. – ¡Qué gran corazón! Siempre le conmovía ver el retrato de mi... (**Se lleva la mano al bolsillo**)

CECILIA. – Sí, sí.... Ya va usted a ponerse sombrío.

DON FABIÁN. – Si él no hubiera comprendido mi desencanto y no hubiera buscado la forma de crearme un aliciente, no me habría hablado de su pequeñuela de doce años, que se negaba a ir a la escuela, porque pretendía saber más que el profesor!!...

CECILIA. – ¡Qué mala impresión me hizo usted el primer día!

DON FABIÁN. – ¡Ingrata! En tanto que yo me decía: Esta es la ocasión de olvidar las copas y echar de nuevo mano a los libros. ¡Sentí renacer tantas ilusiones! Todas las ilusiones que había enterrado con él... con mi pequeñuelo... Me dije para mí: ¡Realicemos de todos modos ese sueño! ¡Creemos un alma superior!... (**Con despecho**) ¡Ay!... ¡Mejor hubiera sido...

CECILIA. – ¿Lo lamenta usted?

DON FABIÁN. – Sí... ¿Por qué hice todo aquello? ¿Para qué le consagré a esa obra diez años de mi vida? Para que de un momento a otro...

CECILIA. – (**Que oye pasos**) ¡Oh!... ¡Don Fabián!

(**Entra RICARDO por la izquierda en traje doméstico y golpea suavemente a DON FABIÁN, que se halla embebido en sus pensamientos**).

RICARDO. – ¿Durmió usted bien?

DON FABIÁN. – (**Despertando**) ¡Ah!...

CECILIA. – (**Ríe**)

RICARDO. – ¡Respóndame usted!

DON FABIÁN. – No muy bien. Pero no os inquietéis. Cambiar de almohada es para mí más difícil que cambiar de opinión.

RICARDO. – (**A Cecilia**) He llamado tres veces,

CECILIA. – El timbre no funciona desde ayer. ¿Qué deseas?

RICARDO. – Mi desayuno.

CECILIA, No te lo habían subido por no despertarte. Voy a avisarle a Marisa que...

RICARDO. – No te molestes. Ya lo pedí.

CECILIA. – Bien.

RICARDO. – (**A DON FABIÁN**) ¿Hablaba usted mal de mí?

DON FABIÁN. – Todavía no. Al venir acá, obro en todo contra mi costumbre.

RICARDO. – Es lástima. La franqueza de usted me fascina.

DON FABIÁN. – ¿Qué quiere usted que le diga? (**Con énfasis**) ¡que usted no

merece esa mujer!

CECILIA. – (**Riendo**) ¡Oh!...

RICARDO. – Estamos de acuerdo.

DON FABIÁN. – ¡Usted debería vivir de rodillas ante ella... de rodillas!

CECILIA. – ¡Oh!... ¡Oh!. , .

RICARDO. – El homenaje sería justo... aunque incómodo.

DON FABIÁN. – Echaría a perder la línea del pantalón. (**Toma su libro y se retira hoscamente**)

RICARDO. – ¿Se va usted?

DON FABIÁN. – (**Mostrando el libro**) Voy a ocuparme de cosas serias.... (**Sale por el foro**)

RICARDO. – ¿Se disgustó?

CECILIA. – No. Es un recurso teatral... de viejo profesor,

RICARDO. – Es un gran bufón.... (**Va al extremo opuesto al de CECILIA**)

CECILIA. – (**Después de contemplarlo breves instantes, en tono de irónica reconvención**) Buenos días...

RICARDO. – (**Dándose cuenta de su distracción**) ¡Oh! (**Va a CECILIA y la besa en la frente**) Buenos días.

CECILIA. – (**Atormentada**) Mi amor.

RICARDO. – Hay que hacer arreglar el timbre. (**Se retira**)

(**Pausa**)

CECILIA. – . – Veo que no encontraste el papel que dejé sobre tu mesa.

RICARDO. – No.

CECILIA. – Siempre serás el último en saber lo que aquí sucede.

RICARDO. – ¿De qué se trata?

CECILIA. – Mi hermana y Marcel acaban de llegar,

RICARDO. – ¡De sorpresa! ¡Sin prevenirnos!

CECILIA. – Telegrafieron del puerto. Te esperé hasta media noche para decírtelo.

RICARDO. – (**Impulsivo**) Voy a darles los buenos días.

CECILIA. – Déjalos tranquilos. Acaban de subir a sus habitaciones. Dentro de un instante vendrán acá.

(**Pausa. RICARDO va al foro**)

RICARDO. – (**En una nueva impulsión**) Créeme que tengo deseo de....

CECILIA. – ¿De dejarme sola?

RICARDO. – ¡Qué ocurrencia!

CECILIA. – ¡Qué indiferencia!

RICARDO. – ¿Cómo ?

CECILIA. – Más que de costumbre.

RICARDO. – En fin, como quieras... (**Se sienta y hojea una revista**)

CECILIA. – (**Aproximándose a él lentamente**) Tienes muy mal semblante.

RICARDO. – La fatiga. (**Pasa dos hojas**)

CECILIA. – Es natural. Entraste muy tarde.

RICARDO. – (**Soltando la revista bruscamente**) Nunca hace uno lo que quisiera. Tenía la intención de comer contigo; pero cuando iba a salir de la oficina me anunciaron la visita de aquel concesionario americano que esperábamos desde hace varios días... el de las minas de platino de Colombia... ¿No te había hablado de eso?

CECILIA. – No recuerdo.

RICARDO. – (**Entusiasmándose**) Un hombre encantador. Y además, un negocio excelente, formidable. Si nuestro concesionario se hubiera dirigido a cualquiera otra firma, habría yo perdido una gran oportunidad.... Lo detuve por consiguiente. cenamos juntos.... ¿De qué te ríes?

CECILIA. – De nada. Te oigo hablar.

RICARDO. – (**Disimulando su turbación, con tono enfático**) En fin, una vez más sostengo que la champaña es una fuerza de nuestro país. El negocio se cerró entre dos taponazos. ¿Qué opinas?.... Hablamos hasta cerca de las tres.... Después te explicaré.

CECILIA. – (**Despreciativa**) Gracias... (**Va a sentarse a la izquierda**)

RICARDO. – ¿El asunto no te interesa?

CECILIA. – Pienso apenas que en otras ocasiones, cuando arreglas un negocio de tanta importancia, manifiestas mayor entusiasmo, no vacilas en despertarme al entrar para darme la buena noticia.

RICARDO. – ¿A las tres de la mañana?

CECILIA. – Habrías podido hacerlo. Yo estaba despierta....

RICARDO. – Si yo hubiera sabido....

CECILIA. – Te creo.

RICARDO. – (**Deseoso de acabar con una situación falsa**) Estoy satisfecho.... A tal extremo que (**poniéndose en pie**) hoy firmaré esos papeles, y en seguida voy a darme unos días de vacaciones. Bien los merezco.

CECILIA. – (**Yendo hacia él entusiasmada**) Entonces ¿vas a estar conmigo?

RICARDO. – (**Abrazándola**) Sin duda alguna.

CECILIA. – ¿Por cuánto tiempo?

RICARDO. – Unos quince días....

CECILIA. – (**Abrazándole**) ¡Mi Ricardo.... (**Reflexiona y se entristece**) ¿No irás a aburrirte?

RICARDO. – ¡Qué pregunta!

CECILIA. – Sé que me quieres, pero...

RICARDO. – ¿Pero qué?

CECILIA. – ¿Me prometes que pasarás todo ese tiempo al lado mío?

RICARDO. – (**Acariciándola**) ¡Recelosa! ¡Desconfiada!... ¡Qué ojos!.... ¡Mis ojos inteligentes!...¡Los quiero!.... (**Sensual**) ¡Ven! (**Va a besarla**)

(**Entra MARCEL por la derecha**)

MARCEL. – ¿Se levantó más temprano que de costumbre?

RICARDO. – ¡Oh!.... ¡Ilustre viajero!... Has engordado.

MARCEL. – ¿Te parece?

RICARDO. – La buena vida.

MARCEL. – . – Ya lo creo.

RICARDO. – ¿Por qué te presentas de esa manera.... como los temblores de tierra.... sin decir nada?

MARCEL. – No me gusta hacerme esperar.

RICARDO. – ¿Tu mujer?

MARCEL. – Ya está entregada a su oficio, en la terraza del otro lado... con los gorriones,

RICARDO. – ¡La misma de siempre!... Voy a dispersárselos.

(Mutis de RICARDO por la derecha)

MARCEL. – (**En la ventana**) Volvemos, pues, al punto de partida...

CECILIA. – Eso sucede con frecuencia.

MARCEL. – (**Reflexivo**) Sí...

CECILIA. "¿Piensa usted quedarse en París?"

MARCEL. – Al menos por ahora.

CECILIA. – No es mala idea.

MARCEL. – Buscaremos una villa, cerca de aquí,

CECILIA. – (**Yendo a la ventana**) Allá, en el extremo de esa callecita, acaban de construir un chalet encantador... Ese techo rojo que asoma entre los árboles.

MARCEL. – Sí.

CECILIA. – En el segundo piso hay un salón a propósito para el estudio de usted.... con un gran ventanal... Desde aquí se ve.

MARCEL. – (**Muy cerca de ella**) Por fortuna, los árboles no lo esconden.... De esta suerte, cuando busque yo en vano las ideas, batiré el pañuelo... Entonces, vendrá usted a acompañarme.

CECILIA. – (**Retirándose suavemente**) Convenido...

MARCEL. – Es encantador el chalecito...

CECILIA. – Tiene una vista espléndida.

MARCEL. – Así, no echaré de menos los viajes.

CECILIA. – (**Maquinalmente**) Es posible.

MARCEL. – Vivir al lado de usted, es una manera de viajar.

CECILIA. – (**Ríe dulcemente**)

MARCEL. – Es verdad. Cada vez que hablamos usted y yo, conozco una idea, experimento una emoción nueva. ¡El espíritu de usted tiene tantos horizontes!

CECILIA. – (**Furtiva**) ¿Está muy adelantado ese nuevo libro? (**Se sienta en primer término**)

MARCEL. – (**Sentándose a alguna distancia de CECILIA**) No mucho... Me he vuelto perezoso.

CECILIA. – ¡Increíble!

MARCEL. – No es mi culpa.

CECILIA. – ¡Es preciso reaccionar!

MARCEL. – Me hace falta algo más importante que la voluntad.

CECILIA. – ¿Cree usted?

MARCEL. – Me falta... el ambiente propicio... no sabría decir qué.... (**Se pasea con cierta inquietud**)

CECILIA. – ¿Cuál es el tema de la obra?

MARCEL. – Ninguno.... Impresiones de viaje... colores... recuerdo....

CECILIA. – En síntesis: poesía.

MARCEL. – Quizá.

CECILIA. – Mejor es así.... Entonces, ya no es usted el amargo pensador de otra época.

MARCEL. – Sí, Pero a fuerza de profundizar mis ideas he resuelto callarlas, porque las encuentro peligrosas. ¿Para qué exteriorizar un dolor que la humanidad ignora?... Ella está contenta tal como es: un poco torpe, y aun inconsciente.... (**Va de nuevo a la ventana**)

(Pausa)

CECILIA. – (**Acercándose lentamente a él**) Y... ¿esta chiquilla que usted me prometió hacer feliz?

MARCEL. – (**Con amargura**) Ya lo ha visto usted. Ella tiene cuanto desea.... es feliz.

CECILIA. – (**Aproximándose más aún**) Pero... quiero decir....la felicidad de ustedes dos.

MARCEL. – (**Con despecho**) Apariencias.

CECILIA. – ¡No!...

MARCEL. – En el fondo...

CECILIA. – La alegría de Ninette, ¿no le ha distraído a usted un poco?

MARCEL. – Eso esperaba yo... ¡Ilusiones!

CECILIA. – ¿Está usted seguro?...

MARCEL. – Sí, Cecilia... Pero hablemos del chalecito. , Estoy entusiasmado.... (**Se acerca a ella con una pasión que quisiera desbordarse**) Dígame usted..., Cecilia... (**Le acaricia delicadamente un brazo**)

CECILIA. – (**Esquivándose algo cohibida**) Un instante Marcel.

MARCEL. – ¿Qué va usted hacer?

CECILIA. – ¡Un olvido!... Nada de importancia... Las nimiedades de un ama de casa... ¿Me permite usted un segundo?...

(**CECILIA sale por la derecha, MARCEL queda pensativo y emocionado, frente al chalet rojo**)

TELON

ACTO SEGUNDO

La misma decoración; pero la austeridad del conjunto se halla velada esta vez por un cierto ambiente de frivolidad. Hay flores en los jarros, cantan fuera los pájaro;; y en mitad de la escena, donde antes se amontonaban diarios y revista,, pescadillos rojos se mueven dentro de un óvalo de cristal.

En escena, NINETTE, y MARCEL entrando.

NINETTE. – (**En la ventana**) Ven... Si... Te necesito... Es urgente... ¡Pronto!

MARCEL. – (**Entra por el foro**) ¿Qué quieres?

NINETTE... – Mira.

MARCEL. – ¿Qué?

NINETTE. – Ya están ahí los pescaditos rojos.

MARCEL. – ¿Eso es todo?

NINETTE. – ¿No te gustan?

MARCEL. – Hubieras podido mostrármelos después, en vez de interrumpirme.

NINETTE. – Hace horas que estás paseándote por el parque.

MARCEL. – Trabajando en mí obra...

NINETTE. – Déjala ya. Vas a perder la cabeza a fuerza de pensar.... Sentémonos aquí, frente al estanque.

MARCEL. – (**Sonriendo con resignación**) Bien...

NINETTE. – ¿No te agrada mirarlos?... Es como si se escuchara una música sin fin....

MARCEL. – Encantador...

NINETTE. – Gesticulas como los niños cuando los obligan a estarse al lado de personas serias... Miras los caminos del parque con un deseo loco de irte... Vamos juntos allá, pues, si los deseas.

MARCEL. – Me da lo mismo.

NINETTE. – ¿Esa es la manera de contestarme?

MARCEL. – (**Suavemente**) Creo que entre nosotros la etiqueta resulta ridícula. Me exaspera que me interrumpas cuando estoy trabajando. Esto te lo repito a diario, desde hace más de un año. Nunca lo entenderás.

NINETTE. – Dime la verdad: ¿Estás aburrido en Saint-Cloud?

MARCEL. – No.

NINETTE. – ¿Por qué no bajas a París con más frecuencia? Ve a buscar a tus amigos...

MARCEL. – Aquí estoy a mi gusto... Mientras no vengas a importunarme.

NINETTE. – ¿Te importuno?... Entonces, desembarázate de mí. Haz un viaje... Yo quedaré acá, en casa de Cecilia... No lloraré delante de ti para no conmoverte... Durante tu ausencia me distraeré haciendo vestiditos... En fin, ¡tantas cosas!... Y cuando vuelvas..... Cuando vuelvas.... A propósito: voy a mostrarte mis compras... **(Abre un cajón)**

MARCEL. – ¿Lección de modas?

NINETTE. – **(Mostrándole un trajecito de bebé)** ¡Mira qué lindo!

MARCEL. – **(Fríamente)** Sí.

NINETTE. – ¿No te conmueve?... Piensa que esas mangas no están vacías... que dos bracitos se mueven y se prenden a tu cuello.

MARCEL. – ¡Admirable!

NINETTE. – Lo dices fríamente. En fin, él no necesitará de tus consentimientos... Yo también, gracias a él, podré dejar de quererte un poco. No te importunaré más... ¡Oh, ten cuidado!

MARCEL. – ¿Qué sucede?

NINETTE. – Has estado a punto de quemar el roponcito. Dejaste caer encima la ceniza de tu cigarrillo... **(Arregla cuidadosamente sus compras)**

(Entra RICARDO por el foro)

RICARDO. – Buenas tardes.

NINETTE. – ¡Ricardo! ¡Gracias a Dios que llega usted. Cecilia estaba angustiada.

RICARDO. – ¿Por qué?

NINETTE. – Usted dijo que iba tan sólo a dar una vuelta por el Bosque, en el auto pequeño, y ella ha estado esperándole toda la tarde.

RICARDO. – ¿Por qué se inquieta?

NINETTE. – Tenía miedo de un accidente.

RICARDO. – ¡Bah!.... Le dije que antes de ir al Bosque pasaría yo por la oficina, para dictar una carta. Encontré una complicación en ese endiablado negocio de platino, y tuve para todo el día.

NINETTE. – . – Pero... Cecilia telefoneó...

RICARDO-. – Y le dijeron que yo no estaba allá. Muy natural. No estaba para nadie.

NINETTE. – Voy a decirle que usted llegó. (***Va a la puerta de la izquierda***)

RICARDO. – Usted alegre esta casa cada día mas. Antes de ayer eran las flores, ayer las jaulas de pájaro..... Hoy son los pescados rojos.

NINETTE. – . – (***Deteniéndose en el umbral de la puerta***) ¿Le gustan?

RICARDO. – Ha tenido usted una buena idea.

NINETTE. – Pero nunca la elegancia de Cecilia.

RICARDO. – Ella es diferente.

MARCEL. – Menos superficial.

RICARDO. – No. Ella tiene un gusto austero, idealista. Cecilia arregla conjuntos sobrios, que inducen a reflexionar, y que sugieren ideas tristes. Ella estaría muy bien en un viejo castillo español.

MARCEL. – Es posible.

RICARDO. – Esta villa armoniza más con el carácter de usted, con su amor a los pequeños detalles... con su manera de reír...

NINETTE. – (***Riende tímidamente, a medida que hace mutis***)
Voy a buscar a Cecilia.

MARCEL. – Permítame que te sacuda.

RICARDO. – ¿Qué?

MARCEL. – (***Limpiándole las solapas, que están manchadas con polvos de arroz***) El endiablado negocio del platino...

RICARDO. – ¡Caramba! No me había fijado.

MARCEL. – Aguarda. Todavía queda algo de este lado.

RICARDO. – Gracias.

MARCEL. – Ya está.

RICARDO. – Me has evitado un mal rato.

MARCEL. – Lo hubieras merecido.

RICARDO. – ¿Te vuelves moralista?

MARCEL. – En el mundo sólo hay una cosa que merezca respeto: el bienestar. Tienes la suerte de encontrarlo en tu propia casa al lado de tu mujer excepcional.

RICARDO. – Déjame ser algo pesimista. ¿Cómo sabes si ese bienestar se halla en casa, precisamente porque no le doy mucha importancia?

MARCEL. – Reducir el amor a esa teoría....

RICARDO. – No creas, sin embargo, que es esa idea la que me marca una línea de conducta. Quiero a mi mujer, la admiro.... Pero el hombre será siempre hombre, amigo mío. Las luchas diarias nos desenfrenan la imaginación, y no podemos encerrarla entre cuatro paredes.

MARCEL. – Ni debemos seguirla ciegamente.

RICARDO. – No vengas a representar aquí el papel de un puritano. ¿Olvidaste ya la pintorcita rusa, la poetisa italiana, la romántica argentina que conociste en el trasatlántico?

MARCEL. – Mi caso no es el tuyo, Ricardo. Ninette es una buena compañera... la mujer normal que no ve más allá de las pequeñas preocupaciones de su hogar... un alma sencilla que basta rodear de mentiras amables, Yo puedo mentir para ocultar aquellas emociones que ella no sabría comprender ni satisfacer. Tú tienes una mujer que te siente vivir, que adivina todos tus pensamientos. ¡Ella nunca te dejará sufrir la soledad. ¡Le debes tu vida entera!

(Entra DON FABIAN por el foro)

DON FABIÁN. – (**A MARCEL, dándole un manuscrito**) Tenga usted.

MARCEL. – ¿Ya terminó usted?

DON FABIÁN. – Casi.

RICARDO. – ¿De qué se trata?

DON FABIÁN. – Del nuevo libro que prepara este mozo.

MARCEL. – Los primeros capítulos,

RICARDO. – (**Temeroso de que le lean**) ¡Ah!...

MARCEL. – ¿Qué opina usted?

DON FABIÁN. – Que el Marcel de antaño, el utópico y atormentado Marcel, desaparece.

MARCEL. – ¿O prefiere velar sus inquietudes?

DON FABIÁN. – No. Aunque se aferre usted a sus viejas teorías, usted persigue espontáneamente el aspecto superficial de cuanto le rodea... colores, música, nostalgias de poeta... ¡Muy bien! Esa es la verdadera filosofía: aturdirse.

RICARDO. – Estamos de acuerdo.

DON FABIÁN. – ¿Por la primera vez?

RICARDO. – ¡Hay que aturdirse!

MARCEL. – Quizá.

RICARDO. – Pero no llenando cuartillas de papel. Un hombre de tu talento y de tu energía . – siempre lo he dicho- debe dedicarse a cosas prácticas.... ¡A la acción! ¡Nada hay como la actividad, la vida intensa!

DON FABIÁN.. – ¡Oh! ¡Calle usted! ¡No faltaba más! ¿Qué haría usted, hombre de acción, sin el patrimonio intelectual de mil generaciones que han cometido el error de precederlo? ... Si tantos hombres de genio no hubieran consagrado su vida al pensamiento y a la belleza, ¿de qué le serviría a usted la actividad? A lo sumo para trepar, como los monos, a la copa de un árbol.

(*Entran CECILIA Y NINETTE por la izquierda*)

CECILIA. – ¡Mi amor.... ¡Qué miedo me has dado!

RICARDO. – Te inquietas por nada.

NINETTE. – Eso le digo yo.

CECILIA. – ¡Dejarme sola toda la tarde!

(*MARCEL va al foro con su manuscrito*)

NINETTE. – (***Yendo a Marcel***) No, no, no... Dame eso acá.
No más trabajo por ahora.

DON FABIÁN. – Déjeme usted el manuscrito. Voy a terminar.

(*Lo recibe y se sienta a la izquierda*)

CECILIA. – (***A la derecha, a Ricardo***) Hubieras podido avisarme.

RICARDO. – Fue tan grande mi preocupación que... en un caso tan

inesperado... Luego te explicaré... Un detalle que no preví.

CECILIA. – (**Con mesurada preocupación**) ¿Qué perfume tienes.

RICARDO... – Ninguno.

CECILIA. – Permíteme...

RICARDO. – (**Evadiéndose**), Voy a vestirme.

CECILIA. – ¿Sales otra vez?

RICARDO. – Es indispensable.

CECILIA. – ¡Ricardo!

RICARDO. – ¿Qué hay?

DON FABIÁN. – (**Golpeando fuertemente sobre el manuscrito**) ¡Eso!
(**Todos vuelven a mirarlo, excepto CECILIA**)

NINETTE. – ¿Qué sucede?

RICARDO. – :¿Un mosquito?

DON FABIÁN. – No. ¡Una frase!

MARCEL,-. – (**Yendo a don Fabián**) ¿Cuál?

DON FABIÁN. – "Vale más reír que ser feliz".

MARCEL. – ¿Qué tiene esa frase?

DON FABIÁN. – Que es de La Bruyère.

MARCEL. – Por eso la he puesto entre comillas.

DON FABIÁN. – Es verdad. No las había visto, (**Limpia los lentes con el pañuelo**)

NINETTE. – (**Yendo a CECILIA**) ¿Triste?

CECILIA. – Un poco.

NINETTE. – ¿Qué te ha dicho?

RICARDO. – ¿Qué tienes?

(**MARCEL va al foro y hace mutis lentamente**)

CECILIA. – Bien la sabes.

RICARDO. – Si vas a poner cara de mártir, me quedo.

CECILIA. – No te ocupes de mí... Puedes irte... La que me pasa es natural... después de ocho días sin separarme de ti.

RICARDO. – ¡Eh!.... (***Sale por la izquierda***)

NINETTE. – Dime, Marcel... (***Lo busca en todas direcciones***) ¿Qué se hizo mi marido? (***Va al fondo***) ¡Otra vez en el parque! . ¡Al fin, va a perder la cabeza!

(***Mutis de NINETTE por el foro***)

DON FABIÁN. – Hay frases que encierran un mundo...

CECILIA. – (***Abstraída***) ¿Qué dice usted?

DON FABIÁN. – 'Vale más reír que ser feliz... y debemos reír aunque sea por miedo a perder la vida sin haberlo hecho'.

CECILIA. – (***Sonriendo***) Quizá...

DON FABIÁN. – Sin embargo, no todos aplicamos de la misma manera esta sentencia. Unos ríen locamente, para aturdirse. Otros amargamente, para que el escepticismo no las avasalle. Y los más.... Hipócritamente, para disimular su dolor.

CECILIA. – Es posible.

DON FABIÁN. – ¿A cuáles pertenece usted? ¿A los últimos?

CECILIA. – ¡Don Fabián! ¡Usted siempre sutil! (***Ríe***)

DON FABIÁN. – Ría usted. . Bien sé que detrás de esa risa...

CECILIA. – ¿Cómo?

DON FABIÁN. – Usted no es tan feliz como quiere hacérmelo creer.

CECILIA. – (***Cesando bruscamente de reír***) ¿Y si así fuera?

DON FABIÁN. – Viviría usted con un hombre que no se da cuenta de lo que usted vale.

CECILIA. – ¿Otra vez el Príncipe Azul?

DON FABIÁN. – (***Acercándose a ella***) No. Cuando soñaba yo que el hogar de usted fuera la continuación de mi obra, me equivocaba. Hizo usted bien en elegir a

Ricardo, y aun aprobaría yo que usted le subordinara su vida servilmente, si él la admirara como debiera... Pero.

...

CECILIA. – ¡Qué equivocado está usted!

DON FABIÁN. – ¡Equivocarme! Sería necesario que no la conociera a usted. Pero su alma se formó en mis manos, como la cera. La modelé a mi capricho. Mientras pasaban los años, y la naturaleza daba fuego a esos ojos, malicia a esas labios, gracia a esa silueta, yo le cultivaba a usted el espíritu, le abría los ojos a la realidad, hacia de usted una mujer comprensiva.... Por diez años me consagré a seguir sus inquietudes, sus dudas... a leer en el fondo de esos ojos.... ¿Quiere usted que ahora me equivoque... Usted sufre, Cecilia... (**Oyese la risa de NINETTE**) La risa de usted ¿tiene acaso esa frescura, ese abandono..... ¡Jamás. Usted ríe para engañarnos, para ocultar una inquietud dolorosa... Y esto no sólo cuando él la deja. ¡Siempre!... Aún cuando usted se pasea por el parque, así como ahora Ninette, y deja caer la cabeza sobre el hombro de su marido.... Yo la he observado bien. Aun entonces, usted trata de disimular su desencanto....

CECILIA. – (**Progresivamente nerviosa**) ¡Qué insistencia! ¡Oh!... ¡Siempre lo mismo.... ¿Cuántas veces he de repetir que quiero a Ricardo..., que usted se equivoca?... ¡Que me exaspera al fin y al cabo!

DON FABIÁN. – (**Hondamente herido, anonadado**) ¡Ah!... ¡Bien!... ¡Sólo faltaba esto!... ¿Un lápiz? ... ¡Aquí... aquí tengo!.... Un pedazo de papel..... (**Arranca nerviosamente una hoja del manuscrito**) No se moleste usted... (**Escribe con mano temblorosa**) Debí haberlo esperado... El golpe de gracia..., ¡En fin!.... ¡Cecilia!

CECILIA. – ¿Qué desea usted?

DON FABIÁN. – Hágame usted el favor... (**Le da la hoja de papel**)

CECILIA. – ¿Qué es esto?

DON FABIÁN. – Un telegrama... para mi mujer... Hágalo usted envía.

CECILIA. – Qué ridiculez! Entonces, ¿nunca puedo tener yo razón? ¿Soy una necia, una ignorante... (**Rompe el telegrama**) Es usted quien se halla siempre en lo cierto... (**Con dolor profundo**) Mejor hubiera sido entonces dejarme tranquila, sin comprender nada. No haberme enseñado tantas cosas.

(**Entra MARISA por la izquierda**)

MARISA. – Señora: Don Ricardo desea hablarle.

CECILIA. – ¿Qué necesita?

MARISA. – No encuentra los botones de la camisa. (**Sale por el foro**)

CECILIA. – ¿Me permite usted, don Fabián?

DON FABIÁN. – (**Agobiado**) Vaya usted, Cecilia.... Vaya usted.

CECILIA. – No se disguste conmigo. No haga caso de lo que yo diga. ¡Estoy tan nerviosa hoy!

DON FABIÁN. – No me he disgustado.

CECILIA. – Lo del viaje es una broma, ¿no es cierto?

DON FABIÁN. – Vaya usted, vaya usted.

CECILIA-. – ¿Reconciliados?

DON FABIÁN. – Sí, si....

(Mutis de CECILIA por la izquierda. MARISA regresa y va hacia la derecha. DON FABIÁN suspira hondamente).

MARISA-. – ¿Es que... el señor sigue mal?

DON FABIÁN. – (**Secamente**) Sí.

MARISA. – ¿Es que... le ha vuelto el dolor del otro día?

DON FABIÁN. – Sí.

MARISA. – Es que...

DON FABIÁN. – ¡Basta!...

MARISA. – (**Amedrentada**) ¿Señor?

DON FABIÁN. – (**Enfadado**) ¿Necesitas decir sierpe "es que" para hacer una pregunta?

MARISA. – (**Después de reflexionar**) Creo que sí, señor.

DON FABIÁN. – No, hija, no. Basta poner el verbo primero y luego el pronombre. ¿No has estudiado la gramática?

MARISA. – No, señor.

DON FABIÁN. – Entonces, no hay remedio. Ahora no tengo humor para enseñártela.

MARISA. – (**Modestamente**) Bien, señor....

(Mutis de MARISA por la derecha, cerrando la puerta cuidadosamente, como si temiera una nueva reprimenda)

NINETTE. – (**Fuera**) ¡Marcel!... ¡Marcel!...

MARCEL. – (**Entrando por el foro**) Cuando hayas terminado.

DON FABIÁN. – No la deje usted sola.

MARCEL. – Sus frivolidades y su incomprensión me exasperan.

DON FABIÁN. – ¡Ah! ¡Si tuviera yo la edad de usted! ¡Si pudiera volver a mis treinta años..... Mi mujer era como Ninette.... Yo le huía también.... ¿En busca de qué?.... ¡Ah! ¡Las utopías! ¡La maldita imaginación!.... Piense usted apenas que esa chica le quiere con toda el alma.

MARCEL. – Si eso fuera posible...

DON FABIÁN. – Lo es. Y a tal punto, que usted evoluciona a pesar suyo, halla peligrosas sus ideas, se entrega de lleno al sentimiento.

MARCEL. – En apariencia.

DON FABIÁN. – No. Este libro es sincero. Usted busca aquí espontáneamente lo que se niega a reconocer. (**Calla y reflexiona**) Marcel: ¿ha visto usted de nuevo a esa mujer de quien hablábamos hace una semana?

MARCEL. – No.

DON FABIÁN. – Lo siento.

MARCEL. – ¿Por qué?

DON FABIÁN. – Porque muchas veces las aventuras que vivimos a medias nos dejan un recuerdo engañoso.

MARCEL. – Entonces.... Esa atracción mutua que hay entre los seres comprensivos....

DON FABIÁN. – Desconfíe usted de ella; que si doloroso es comprender, más lo es aún comprenderse. ¡En el fondo somos todos tan egoístas!

MARCEL. – No, no creo. ¿Qué sería de la humanidad si no hubiera en ella quienes soñaran?.... Usted mismo lo aseguraba hace un momento.

DON FABIÁN. – Pero la felicidad que crean los soñadores no es la que persiguen. Ellos van siempre tras de una utopía, y en su esfuerzo doloroso para alcanzarla, van creando en torno suyo mil frivolidades, infinitas pequeñeces de que ellos mismos no se dan cuenta, pero que constituyen su verdadera obra humana.

MARCEL. – Oscuro anda usted.

DON FABIÁN. – Imaginemos que esa utopía, a la que ellos van, a costa de todo sacrificio, con el mayor entusiasmo, es una flor ilusoria que creen adivinar en el fondo de un rosal intrincado.

MARCEL. – (**A quien la figura hace sonreír**) ¿En el fondo de rosal?...

DON FABIÁN. – Por llegar hasta esa flor, se abrirán campo entre los gajos enmañaradisimos unos, se despedazarán las manos en las espinas, e irán arrancando angustiosamente y deshojando rosas que caen, que caen... ¿Dónde, preguntará usted? En manos de los otros, de los que no piensan, los que no han visto nada en el fondo y esperan a que las rosas caigan para recogerlas... y no notan la desesperación que hay en el alma de quien las arranca ni la sangre que brota de sus manos. , No es la flor de los sueños, Marcel, lo que podemos deshojar a nuestro capricho; sino las otras, las que abren en la superficie y que al parecer nos obstaculizan el camino del ideal... Hay que soñar, sí, porque de otro modo no las arrancaríamos para arrojarlas a los demás, y hacerlos dichosos a costa de nuestro dolor... Sueñe usted; pero que esto sólo le sirva para llenarles a Ninette y a su hijo las manos de flores, para hacerlos reír francamente... Vaya usted con ella, (**Mostrándole el manuscrito**) Este nuevo libro es el que en verdad debiera llamarse Los Creadores.

MARCEL. – (**Hojeando el manuscrito, tristemente reflexivo**) No me convence usted.

DON FABIAN. – ¡Ah! ¡La maldita imaginación!... (**Va al ventanal**) Aguarda, chiquilla. Te ayudaré a llenar la cesta.

NINETTE. – (**Fuera**) Venga usted, si.

(**Mutis de DON FABIAN por el foro. MARCEL trabaja breves instantes. CECILIA entra por la izquierda**)

El desarrollo de esta escena debe comenzar con suma lentitud para que no se pierda la menor sutileza.

CECILIA. – Marcel...

MARCEL. – ¿Cecilia?

CECILIA. – ¿Habló usted con Ricardo?

MARCEL. – Sí.

CECILIA. – ¿Qué le dijo él?

MARCEL. – ¿Respecto a qué?

CECILIA. – ¿A dónde va?

MARCEL. – Lo ignoro.

CECILIA. – (**Turbada**) En fin... El nos lo dirá dentro de un momento.

MARCEL. – Ojala que así sea.

(**Pausa**)

CECILIA. – (**Disimulando su turbación**) ¿Usted va también a salir?

MARCEL. – No sé todavía. (**Pausa**) (**Yendo a ella**) ¿Cómo? ¿Llorando?

CECILIA. – (**Vuelve la cara para otro lado y cierra los ojos**) ¡Oh, no!

MARCEL. – (**Aproximándose a ella**) ¡Cecilia!...

CECILIA. – Un poco de tristeza... Eso no tiene importancia.

MARCEL. – ¿Un poco nada más? ... No creo.

CECILIA. – (**Caprichosamente**) Sí, sí.

MARCEL. – Siempre la misma... En fin.... (**Vuelve a su trabajo**)

(**CECILIA deja adivinar, por sus ademanes que piensa en RICARDO. Aproxímase poco a poco a la puerta de la izquierda y se detiene en el umbral, vacilante**)

MARCEL. – No vacile usted. No vacile usted.

CECILIA. – (**Sorprendida**) ¿Cómo?

MARCEL. – (**Irónico**) Vaya usted a buscarlo. El no saldrá si sabe que así le evita a usted el menor sufrimiento.

CECILIA. – (**Sin poderse dominar más**) ¡Oh! ¡No me atormente usted!

MARCEL. – (**Acercándosele**) Perdóneme usted, Cecilia. ¿No comprende usted que yo también sufro atrozmente?... Los viajes al menos me aturdían... La tenía yo a usted siempre presente; pero aquello era vago, lejano... Ahora quisiera maldecir esta felicidad ficticia a la cual usted ha encadenado mi vida.

CECILIA. – ¡Encadenado su vida.... ¡Usted es entonces un autómeta!

MARCEL. – Culpa suya fue lo que hice. Si usted no me hubiera sugestionado e

inducido a casarme con ella...

CECILIA. – Era indispensable poner un obstáculo definitivo entre los dos.

MARCEL. – Cuando el obstáculo que nos separa es inferior a lo que soñamos, destruirlo es un deber.

CECILIA. – (**Con suma ternura**) Yo no podía hacerle a usted feliz; y estaba seguro de que ella....

MARCEL. – ¿Cree usted que los corazones pueden arreglarse como libros viejos? Viéndolo bien, yo no busqué en ella sino el reflejo de usted, un vínculo que uniera de todos modos la vida de usted a la mía... Ninette es feliz, porque sé que esa es la manera de complacerla a usted.

CECILIA. – No recomencemos, Marcel. Se lo suplico.

MARCEL. – Cecilia... Sí, déjeme usted hablar... Usted sufre más que anteriormente, más que nunca.... (**Le acaricia una mano**) Mi Cecilia... mi amor... (**Evocador**)... mi chiquilla ... Diga usted que es cierto.

CECILIA. – (**No opone resistencia y sueña un poco**) ¿Qué?

MARCEL. – Ya lo ve usted... ¡Lo mismo que antes! De todos modos llegaremos al punto de partida... Mejor hubiera sido no rechazarme tan cruelmente hace dos años.

CECILIA. – Era preciso terminar.

MARCEL. – Pero somos desgraciados inútilmente... ¡Si entonces me hubiera usted escuchado!.... ¡Qué viaje tan feliz hubiéramos hecho!... ¡Puesto que usted decía quererme más que a él!.... Ricardo no la hubiera echado a usted mucho de menos...

CECILIA, ¿Qué quiere usted? Hay personas como yo... fatalistas que se dejan llevar por la rutina.... Se habitúa uno a ellas; y cuando se nos ponen por delante dos caminos, temblamos, y acabamos por elegir el más conocido... aunque la felicidad no esté allí del todo.

MARCEL. – Es inútil someternos a una vida que no es la nuestra. Ya hice lo que usted me exigió.... ese viaje de bodas... He vuelto. El problema es el mismo, seguirá siendo el mismo, aunque cada día haya más obstáculos entre nosotros. Usted no puede querer a Ricardo ni yo puedo querer a Ninette.

CECILIA. – ¡Usted la quiere!

MARCEL. – ¡qué absurdo!!

CECILIA. – ¡Usted la quiere con toda su alma!

MARCEL. – (**Desconcertado**) Pero.... ¿qué la hace a usted pensar?

CECILIA. – ¡Es claro! Nadie reconoce de un golpe sus errores.

MARCEL. – ¿Que necesidad tendría yo de mentir.

CECILIA. – A veces nuestra conciencia se detiene, en tanto que nosotros seguimos viviendo. Entonces ella se asemeja a una de esos desencantados que se aíslan del mundo, a vivir de recuerdos. Usted se desconoce se cree todavía el mismo de hace dos años.

MARCEL. – Jamás, Cecilia.

CECILIA. – ¿Sabe usted cómo lo he comprendido? ... En sus cartas.... por sus emociones.... leyendo algunas páginas de su nueva obra.... Ninette es quien le aparta a usted de las dolorosas abstracciones de antaño, quien le hace admirar la naturaleza, sentir los colores, la música... La tristeza de usted es la del misántropo que se aburre con sus recuerdos y que se encapricha orgullosamente en recordar... Usted cree odiar a mi hermana y ella le ha conquistado.

MARCEL. – No me exaspere usted, Cecilia. No se obstine en disfrazar sus sentimientos... Yo sólo acepto una verdad en la vida: ¡que la quiero a usted!

CECILIA. – Reflexione usted bien...

MARCEL. – ¡Que nos queremos!

CECILIA. – Desconfíe usted de esas convicciones. Yo también he cambiado mucho...

(**Entra RICARDO por la izquierda**)

CECILIA. – ¿No es verdad, Ricardo?

RICARDO. – ¿Qué?

CECILIA. – ¿Qué he cambiado mucho últimamente?

RICARDO. – (*Maquinalmente*) Sí, sí....

CECILIA. – Marcel no quiere creerlo.

RICARDO. – Puedes creerlo.

CECILIA. – El también ha cambiado, ¿no es verdad?

RICARDO. – Un poco, si.

MARCEL. – ¿Tienes mucha prisa, Ricardo?

RICARDO. – Sí. ¿Por qué?

MARCEL. – Si no te molesto...

RICARDO. – ¿Qué quieres?

MARCEL. – Acompañarte.

RICARDO. – Encantado. No lo pienses más. Ve a vestirme.

MARCEL. – Está bien.

RICARDO. – (**Consultando su reloj**) ¡Rápido! Te doy diez minutos. Hay que llegar a París antes de las siete,

MARCEL. – Sí, sí....

(**Mutis de MARCEL por la izquierda**)

(**Pausa**)

CECILIA. – Entonces.... ¿te esperaré?

RICARDO. – Sin duda....

CECILIA. – Sé que será inútil.

RICARDO. – ¿Qué vas a imaginar ahora? Acabo de explicarte todo detalladamente, punto por punto, para tranquilizarte. ¿Eso no basta?

CECILIA. – Pero... Dime...

RICARDO. – ¿Siguen las preguntas?

CECILIA. – Yo debería quererte como ciertas mujeres... con despego.

RICARDO. – Bastaría que tuvieras mejor idea de mí.

CECILIA. – ¡Veo tan claro en tu alma, en tu imaginación que revolotea!... Mi ternura y la calma de tu hogar te asfixian,

RICARDO. – No me hagas reír.

CECILIA. – ¿Por qué no te portas mal conmigo abiertamente? Hazlo así, te lo ruego, para que yo pueda dejarte de querer.

RICARDO. – ¡Admirable!

CECILIA. – Lo que me desespera son tus alternativas. Eres por unos pocos días el más afectuoso de los hombres, y de pronto...

RICARDO. – Si esto Continúa.... (**Trata de irse**)

CECILIA. – Perdóname. No hablaré más... No te enfades... Piensa que tengo razón en desesperarme. Déjame al menos ese derecho. Estaba yo tan feliz al lado tuyo... y de un momento a otro... siempre es así.

RICARDO. – Entonces, para tenerte contenta, debo encerrarme entre cuatro paredes, volverme un hombre inactivo, inútil.

CECILIA. – Si pudiera yo al menos creer lo que me dices....

RICARDO. – Ten cuidado. La desconfianza es insoportable, y Sobre todo peligrosa. No hay amor que la resista mucho tiempo.

CECILIA. – Eso es lo que deseas.

RICARDO. – ¡Ten cuidado!

CECILIA. (**Reteniéndolo por los hombros, con vehemencia**) Entonces, ¿por qué me mientes? ¿Por qué me has mentado tantas veces? ¡Respóndeme!

RICARDO. – Se acabó. Se acabó.

CECILIA. – ¿No eres tú quien me ha vuelto desconfiada?

RICARDO. – (**Golpeando sobre la mesa**). ¡Se acabó, he dicho!

CECILIA. – ¡Me gritas!

RICARDO. – Me obligas hacerlo.... ¿Debo inventar aventuras para satisfacer tu curiosidad?

CECILIA. Confiesa al menos que la última vez, cuando llegaste a las tres de la mañana.

RICARDO. ¡Que imaginación la tuya! ¡Qué imaginación! (**Tierno, con acento de sinceridad**) ¿Crees que si fuera a dejarte sola, como en otro tiempo, caprichosamente, tendría el valor de irme viéndote así.... viéndote llorar?.... ¡No! Tú no sabes cuánto te quiero, y lo que representas en mi actividad, en mis ambiciones. Vamos, un poco de cordura.

CECILIA. – (**Suplicante**) No me dejes sola hoy, Ricardo.

RICARDO. – No será mucho tiempo.

CECILIA. – ¿Por qué escogiste precisamente la noche en que habíamos proyectado salir juntos?

RICARDO. – Es verdad.... Saldremos mañana.

CECILIA. – Tenía la ilusión de arreglarme bien para que te sintieras orgulloso de mí.... Iba a vestirme como el día en que nos conocimos, para hacernos la ilusión de que era esta la primera vez.... nuestro primer beso.

RICARDO. – Te aseguro que mañana...

CECILIA. – Y esta noche... ¿me quedare sola? ¿Con mi deseo loco de estar junto a ti?

RICARDO. – (**Fríamente**) Bien. No saldré.

CECILIA. – (**Encantada**) ¿Serías capaz? ... ¿De veras? ¡Qué felicidad'... Entonces, nuestro programa para esta noche... escucha. ¡Ay, si supieras lo feliz que me haces.... ¡Mi Ricardo! (**Lo abraza**) Oye: después del teatro, iremos al cabaret donde haya más animación.... Haremos cuenta que no somos casados.... Tú serás un trasnochador: yo, tu amiguita.... Nos embriagaremos... Bailaré con todo el mundo para ponerte celoso. Yo también me pondré celosa de todas las mujeres que se atrevan a mirarte... y si le sonríes a una sola siquiera, haré un escándalo... ¡Atrevida! ¡Quitarme mi hombre!!.... ¡El es mío!.... y luego, al volver a casa, muy abrazados, muy abrazados... (**Temerosa**) ¿No has hablado en broma?

RICARDO. – (**Que sigue su imaginación**) No.

CECILIA. – Dame tu sombrero. Tengo miedo de que te arrepientas.

RICARDO. – (**Dádoselo bruscamente**) Tómallo.

CECILIA. – ¿Con esa brusquedad?

RICARDO. – No tengo humor para andar con delicadezas.

CECILIA. – Eres malo con tu mujercita... No importa... Ella estará siempre dispuesta a sufrirte... Tienes razón de estar nervioso.... Es muy natural... Pero no te preocupes... Ya verás que el negocio se arregla... Todo va a salir bien... Lo presiento.... Esta noche te ayudaré a reflexionar...

RICARDO. – (**Brusco**) Sí, sí.

CECILIA. – No me crees capaz de...

RICARDO. – Sí, muy capaz. , . Y en tanto.... (**Pausa**)

CECILIA. – ¿Qué ibas a decir?

RICARDO. – Nada, nada.... (**Se pasea nerviosamente**)

CECILIA. – ¿Comienzas a fastidiarte?

RICARDO. – ¡Es admirable! Me resultan caros tus caprichos. Es necesario que sea hoy cuando salimos... Mañana ya es tarde. ¡Una eternidad! Por consiguiente, debo abandonarlo todo.... ¿Qué significa eso para ti? ¡Nada!

CECILIA. – No creo que el asunto sea tan apremiante. ¿Por qué no le das a ese señor una cita para mañana?

RICARDO. – ¡qué candor!

CECILIA. – Si no te parece...

RICARDO. – No hablemos más de eso. (**Progresivamente iracundo**) No importa.... Distribuye también una circular diciendo que abandono los negocios.... Regálale a cualquiera nuestras propiedades. ¡Prende fuego a la casa!

CECILIA. – Pero.... ¡Puedes irte!

RICARDO. – ¡Es claro! No puedo ser complaciente contigo, porque abusas.

CECILIA. – Sin embargo...

RICARDO. – ¡Ni una palabra más!

CECILIA. – Te he suplicado que me acompañes, pero no te obligaré a hacerlo. ¡Vete!

RICARDO. – ¿Crees que es esa la manera de decírmelo?

CECILIA. – (**Dulcemente**) Toma tu sombrero, mi amor. Vete.

RICARDO. –(**Recibiendo el sombrero**) Es lo sensato... (**Va al foro**)

CECILIA. – Ven, te doy un beso... ¿No merezco al menos un beso para consolarme?... Contempla siquiera un instante a tu mujercita que se quedará aquí muy triste, pensando en tus caricias, en tus palabras afectuosas.... (**Estrechándose contra él**) ¿Quién podrá quererte como yo?... ¿En qué brazos puedes sentirte más deseado que en los míos? ... ¿Quién se entregará a ti como yo lo hago, con todos mis sentidos, y todos mis pensamientos, y toda mi vida, que está llena de ti?... Dame esos ojos... la frente... esa boca...

RICARDO. – Te atormentas en vano.... Ya te he dicho que antes de las diez a lo sumo a las once...

CECILIA. – Quiero creerte.... te creo.... Ten cuidado con el auto... No vayas muy a

prisa...

RICARDO. – Siempre la misma recomendación. Eres deliciosa...

CECILIA. – Bésame....

RICARDO. – **(Besándola)** Tontilla...

CECILIA. – No olvides que, mientras estás fuera, vivo llena de angustia.

RICARDO. – **(Huyéndole suavemente y yendo al foro)** Si, sí....

CECILIA. – Otro beso....

RICARDO. **(Se lo envía con los dedos y sale por el foro)** Marcel, ¿estás listo?

MARCEL. – **(Fuera)** En seguida.

(CECILIA ve alejarse a RICARDO, recargada contra el ventanal, los ojos llenos de lágrimas)

TELÓN

ACTO TERCERO

Una terraza penumbrosa de la villa, entre enredaderas. Atmósfera de intimidad. Mobiliario de mimbre, sobre cuya mesa central hay una lámpara encendida. Su luz, que la pantalla de cristal enrojece, quiebra, pero no disipa la penumbra.

En escena, CECILIA y NINETTE.

NINETTE. – **(Leyendo el manuscrito con tono inexpresivo, pero agraciado)** "...Blanco, todo blanco: el lago, el perfil de los árboles, y las montañas, que se confundían con las nubes, a tal punto que no podía saberse dónde terminaban los picachos y dónde comenzaba el cielo; cuál era el límite entre la quietud y el movimiento de aquellas blancuras.

CECILIA. – **(Pensativa)** Bien observado.

NINETTE. – "Cuando el sol brilla, la nieve refulge hasta ofuscar. Parece que la luz saliera de la tierra, más clara que de costumbre. Y si las plantas del jardín no estuvieran rígidas, bajo su mortaja de hielo...

CECILIA. – Ideas negras aún.

NINETTE. – **(aleja el manuscrito y habla con entusiasmo)** Lo que más me llamó la atención fueron los tejaditos con sus capuchas blancas, por todas partes.

Hubiera yo dado algo por permanecer largo tiempo en uno de esos chalets tan alegres, tan tibios, en medio de la nieve, como si los hubieran construido a propósito para recién casados.

CECILIA. – En medio de aquel frío,..

NINETTE. – ¡Le supliqué tanto a Marcel que nos quedáramos allí! No habíamos viajado sino tres días y yo estaba ya aburrida, no sentía la más mínima curiosidad de conocer nuevos países. Me encapriché en habitar una de esas casitas.... Casi lloré.... Pero Marcel no omitía medio para disuadirme.

CECILIA. – ¡Calla!

(Oyese la canción del reloj, que toca un arpeggio para indicar cada cuarto de hora)

NINETTE. – Comienzo a sentir sueño. ¿Tú no?

CECILIA. – Todavía no.

NINETTE. – **(Poniéndose en pie)** Los hombres, cuando están fue-fuera, pierden la noción del tiempo.

CECILIA. – ¿Subes?

NINETTE. – No. Busco el timbre.

CECILIA. – ¿Tienes frío?

NINETTE. – Un poco, sí.

CECILIA. – No es raro. Aun en pleno verano hace aquí a veces frío. Toma mi chal.

NINETTE. – ¿Y tú?

CECILIA. – Estoy bien así.

NINETTE. – Gracias.

CECILIA. – Continúa.

NINETTE. – **(Pasando página)** Italia... España... ¿Has leído ya estos capítulos?

CECILIA. – Sí.

NINETTE. – ¡Qué suplicio!

CECILIA. – ¡Ninette!

NINETTE. – No niego que aquello sea hermoso. Pero viajábamos tan a prisa, veíamos tantas cosas a la vez, que yo vivía aturdida. ¡Qué de museos, y ciudades, y monumentos! ¡Oh!... Yo prefería siempre quedarme en el hotel. Hubiera cambiado todo por un rincón de nuestro parque en Saint-Cloud. Casi siempre me hacía la ilusión de estar en mi casa, arreglaba nuestras habitaciones como si fuéramos a permanecer allí largo tiempo, con retratos, y recuerdos... estudiando horas enteras el lugar de cada objeto, Y cuando todo se hallaba a mi gusto, Marcel me decía: Hay que arreglar los baúles... ¡Viajar! ¡Qué pesadilla!

CECILIA. – ¡Pobre Ninette!

NINETTE. – Me preguntaba yo: ¿Cuándo podré despertarme todos los días viendo las mismas cosas y las mismas personas... Sin sobresalto, sin tiquetes de tren en el bolsillo. ¿Cuándo podré decir; Esta es mi casa, nadie me obligara a salir de ella?

CECILIA. – Entonces, apenas decidió Marcel ir a América...

NINETTE. – ¡El miedo que me dió!

CECILIA. – Bien lo dejabas comprender en tus cartas.

NINETTE. – ¡Ir tan lejos! ¡Solos! ¿Y si él se enfermaba?, ¿Y si por desgracia yo lo perdía?... ¡El mar entre tú y yo! ¡Qué horror!.... Pero a Marcel hay que respetarle sus caprichos. El había dicho que América y...

CECILIA. – ¿Y si te invitaran hoy a volver allá?

NINETTE. – ¿Al Brazil?

CECILIA. – Si.

NINETTE. – ¿Contigo?

CECILIA. – Con todos nosotros.

NINETTE. – (**Vacilante**) No sé qué decir,

CECILIA. – En otra época, no hubieras vacilado en decir que no...

NINETTE. – ¡Aquello es algo aparte!.... ¡Río de Janeiro.... (**Soñadora**) Cada vez que recuerdo.... ¡Ante eso!... Marcel lo describe muy bien... (**Busca con sumo interés la página correspondiente; y lee, esta vez con tono expresivo**) Es una visión mágica. No quisiéramos cerrar los ojos.... Jamás la naturaleza ha colaborado tan armoniosamente con el hombre. La naturaleza ha ornamentado, iluminado, alegrado la obra humana, para comunicarle vida nueva..."

CECILIA. – Estuvo contento por esos mundos. Ya comienza a hablar de la vida...

NINETTE. – ¡Todo esto es cierto.... (**Lee, cada vez más entusiasmada**) "La belleza que nos rodea dulcifica nuestro carácter, nos vuelve mejores de lo que somos.... Sentimos necesidad de amar..." (**Confidencialmente**) ¡Allá Marcel estuvo siempre tan cariñoso conmigo!...

CECILIA. – Dan deseos de ir por esos mundos...

NINETTE. – En fin, puede decirse que en Río fue donde pasamos nuestra verdadera luna de miel. Hasta pensamos radicamos allí definitivamente,

CECILIA. – ¿De veras?

NINETTE. – Sí.... Comprar el chalet que habitábamos... Era precioso: a la orilla del mar...

CECILIA. – Lo sé, lo sé.

NINETTE. – En Río, el mar está siempre agitado, ¿sabes?... y no se aleja nunca.... Lo veíamos a toda hora al pie de la ventana.

CECILIA. – Que podías abrir de par en par. Aquel no era ya el país de la nieve...

NINETTE. – ¡Oh, no! Hace siempre calor. Se respira aire puro... Cuando las olas revientan, riegan el camino, y uno recibe chispitas de agua en el rostro.... ¡Aquello da una tal sensación de frescura! Me había yo reservado una habitación del piso alto. Desde allí se veía toda la ciudad, entre palmeras... Los cerros puntiagudos, la bahía con sus islotes, que parecen tortugas inmensas... Llené el suelo de cojines, para extenderme cómodamente, y puse aquí y allá abanicos de todas las formas.... Iba a escribirte pidiéndote una caja llena de muñecas parisienses, para mezclarlas con muñecas negras...

(El reloj canta cuatro arpegios, y luego suelta doce campanadas. Sigue una larga pausa, que en la pesantez de la hora habla de los maridos ausentes...)

NINETTE. – (**Levantándose lenta y perezosamente**) Me voy.

(Y las frases se suceden con la misma lentitud que las campanadas)

CECILIA. – Yo aguardaré unos minutos todavía. Este aire me agrada.

NINETTE. – ¿Te dejo tu chal?

CECILIA. – No, gracias. Prefiero el frío.

NINETTE. – (**Besándola**) Hasta mañana.

CECILIA. – Hasta mañana, Ninette.

(Mutis de NINETTE por la derecha. CECILIA contempla el panorama de

París)... Oyese el rodaje de un auto que, al acercarse, abaniqua un instante la escena con sus reflectores. Ella salta a la balaustrada... El auto se aleja... Deslízanse unos segundos de desencanto y espera angustiosa, Luego óyense pasos en el interior de la casa)

CECILIA. – ¿Quién está ahí?... (**Los pasos se aproximan**) ¿Quién está ahí?

MARISA. – (**Fuera**) Soy yo, señora.

CECILIA. – ¿Qué hace usted?

MARISA. – Estoy apagando las luces.

(**Entra MARISA por la derecha**)

CECILLIA. – Bien.

MARISA. – ¿La señora no sube todavía?

CECILIA. – No.

MARISA. – ¿Necesita? ...

CECILIA. – Nada.

(**Pausa**)

MARISA. – Tenía que decir a la señora...

CECILIA. – Me lo dirá usted mañana.

MARISA. – Es que...

CECILIA. – ¿Qué hay?

MARISA. – Quería saber si la señora tiene inconveniente en que yo salga mañana en vez del jueves.

CECILIA. – Ninguno.

MARISA. – Entonces.... como entrare algo tarde.... mi hermana vendrá a reemplazarme a la hora de la comida.

CECILIA. – Está bien, está bien.

MARISA. – Buenas noches, señora... Muchas gracias. (**Se aleja**)

CECILIA-. – ¡ Marisa!

MARISA. – ¿Señora?

CECILIA. – ¿Don Ricardo salió en el auto pequeño?

MARISA. – No, señora; en el grande.... ¡Oh! A propósito del auto... Olvidaba. ¿Fue en el pequeño donde la señora salió ayer con don Ricardo?

CECILIA. – . – (*Inquieta*) Sí.

MARISA. – ¿Abrió la señora su bolsa?

CECILIA. – (*Angustiada*) Sí, sí... ¿Qué encontró usted?

MARISA. – Limpiando los cojines. El lápiz rojo de la señora.

CECILIA. – (*Dominando un estremecimiento*) ¿Lo tiene usted ahí?

MARISA. – . – Sí, señora... (*Se lo entrega*)

CECILIA. – (*Hondamente emocionada*) ¡Ah, sí!... Es el mío... ¿Cuándo lo encontró usted?

MARISA. – Hoy en la tarde.

CECILIA. – (*Con brusquedad*) ¿En la tarde?

MARISA. – (*Temerosa*) Sí, señora.... No, no pude hacer el aseo en la mañana como la señora lo ha ordenado porque... como es sábado... tenía mucho trabajo en las habitaciones.... y luego... el chofer,... la señora lo conoce... si una no va en su ayuda... Además, don Ricardo estuvo fuera en el auto todo el medio día.

CECILIA. – Es verdad... Gracias, Marisa.

MARISA. – (*Envalentonada*). Había rodado por detrás de los cojines. Si no los hubiera yo "retirado y no hubiera limpiado el polvo en todas las orillas....

CECILIA. – Si, sí... Puede usted retirarse... Apague esa lámpara.

MARISA. – (*Apaga la lámpara roja*). Buenas noches, señora.

CECILIA. – Buenas noches.

(Mutis de MARISA por la izquierda. Al extinguirse la luz rojiza de la lámpara, la penumbra se acentúa. Mientras reina el silencio, CECILIA examina, muy emocionada, el lápiz rojo. A su espalda aparece MARCEL)

MARCEL. – (*Que entra por el foro, silenciosamente*) Cecilia...

CECILIA. – (**Sobresaltada**) ¿Qué? ¿A qué hora entró usted?

MARCEL. – Hace rato.

CECILIA. – ¿Los dos?

MARCEL. – Yo solo.

CECILIA. – (**Angustiadísima**) ¿Qué ha sucedido?

MARCEL. – Nada.

CECILIA. – ¿Dónde está Ricardo?

MARCEL. – Lo ignoro.

CECILIA. – Entonces....

MARCEL. – Lo ignoro. Créame usted. Nada sé.

CECILIA. – . – ¿De dónde viene usted?

MARCEL. – Yo estaba acá... En el parque...

(**Un silencio**)

CECILIA. – Su mujer acaba de subir.

MARCEL. – Lo sé.

(**Otro silencio**)

CECILIA. – Pero.... ¿Ustedes comieron juntos?

MARCEL. – Sí... Nos separamos poco después.

CECILIA. – Se aburrió usted...

MARCEL. – Siempre que salgo me sucede lo mismo.

CECILIA. – ¿Por qué no vino usted entonces a acompañarnos?

MARCEL. – Quería estar solo.

CECILIA. – ¡Qué carácter el suyo!

MARCEL. – (**Exasperado**) ¡Oh, Cecilia!

CECILLA. – ¿Qué?

MARCEL. – ¡No puedo más! ¡Esto es superior a mis fuerzas! ¡No puedo más!

CECILIA. – ¿Todavía el mismo capricho?

MARCEL. – . – Pronto reconocerá usted que tengo razón. Entonces cerraremos los ojos a todo... ¿Por qué no desde ahora? (**La atrae**) ¿Por qué no?

CECILIA. – (**Rechazándolo suavemente**) Marcel....

MARCEL. – Cecilia: si usted no quiere sincerarse conmigo...

CECILIA. – ¿Amenazas? ...

MARCEL. – Me alejaré, sencillamente; pero solo... Me desprenderé de todo aquello que pueda hablarme de nuestro cariño... Ninette misma me ha dado esta idea... Haré un viaje... Un viaje largo... Ella quedará aquí, al lado de usted.

CECILIA. – ¡Ilusiones!.... En todas partes encontrará los mismos conflictos de que quiere huir, y que se hallan en usted, en su empecinamiento... Usted desconoce cuanto le rodea, no sabe qué es lo que busca... ignora quién soy yo.

MARCEL. – Una mujer que se cree más poderosa de lo que es en verdad. Usted sueña tener en sus manos el destino de todos nosotros, ¡Qué candidez! Si Ninette merece ser feliz, lo será sin usted, sin mí. En cuanto a Ricardo.... no piense usted más en él. Es un hombre que.... (**Vacila en continuar**)

CECILIA. – Termine usted.

MARCEL,- ¡Ricardo le da a usted tan poca importancia!

CECILIA. – (**Impasible**) ¿Eso es todo?

MARCEL. – Esta misma noche... en este instante...

CECILIA. – Basta, Marcel.

MARCEL. – ¿No querrá usted saberlo?

CECILIA. – ¿Se resigna usted a no ser más que un espía?

MARCEL. – ¡Estoy cansado de fingir!

CECILIA. – (**Herida**) ¡Vaya una disculpa!

MARCEL. – (**Arrepentido**) No he querido atormentarla, Cecilia.

CECILIA. – Lo sé.

MARCEL. – Ese capricho suyo en ocultarme lo que siente me pone fuera de mí. ¿Por qué, por qué hemos de imponernos una vida artificial, engañosa?... ¡Déme usted siquiera una razón..... ¿No me responde usted, Cecilia?... En todo caso, si se empeña usted en guardar apariencias inútiles, ¿por qué no vivir de nuevo nuestra vida? ¿Aunque sea en el mayor secreto? ...

CECILIA. – (**Vacilante**) No, no...

MARCEL.. – Puesto que será un secreto... Cecilia... Mi amor... mi chiquilla.... Estoy seguro de que usted lo desea también.

CECILIA. – Imposible...

MARCEL. – (**Fuera de sí**) ¡Usted es mía.... siempre lo ha sido... y ella va a saber que la quiero a usted!

(**Pausa**)

CECILIA. – (**Aparentando tranquilidad, pero muy inquieta en el fondo**) Bien... Haga usted lo que quiera... ¡Vaya usted, vaya..... ¡Admirable idea!... Sincérese usted con ella... ¿Es así cómo va usted a convencerme? ... (**Ríe forzadamente**) ¡Oh, Marcel! ¡Qué candor!.... Esto es ya una obsesión ridícula... Sí, sí... (**Con voz temblorosa, vacilante**) ¡Ocultar lo que siento! ¡Sí, quizá!... Pero... mis pobres sentimientos, ¡qué lejos está usted de sospecharlos!.... ¡Mis sentimientos, Marcel!!....

MARCEL. – (**Acercándose a ella**) Sé muy bien que...

CECILIA. – (**Con decisión**) Marcel... Yo nunca le he querido a usted.

MARCEL. – (**Extático, mirándola fijamente**) No creo.

CECILIA. – No. Lo que usted me recuerda con la mirada.... no tiene importancia.

MARCEL. – (**Sorprendido**) Cecilia.

CECILIA. – ¿Cree usted que tal cosa fue una prueba de amor?

MARCEL. – Al menos.... (**Baja la cabeza**)

CECILIA. – Míreme usted de frente.... ¿Acaso mi descaro le acobarda?

MARCEL. – (**Mirándola de nuevo fijamente**) ¡Usted no es sincera! ¡Ahora menos que nunca!

CECILIA. – (**Fríamente**) ¡Y tan sincera!... Si algo nos ha distanciado en la vida es eso... lo que usted pretende recordar ahora.

MARCEL. – Entonces, ¿nuestro amor no fue sino el disfraz de un deseo?

CECILIA. – ¡Oh, no!

MARCEL. – ¿O de una venganza?

CECILIA. – Algo menos trivial.

MARCEL. – (**Desconcertado**) ¿Menos trivial?

CECILIA. – ¿No se explica usted? Fáltale saber que, cuando usted me conoció, quería yo a mi marido con locura.

MARCEL. – Entonces, ¿fue únicamente despecho?

CECILIA. – (**Furtiva**) No hablemos más de eso...

MARCEL. – ¡Sí! ¡quiero saber!

CECILIA. – ¿Con qué objeto?

MARCEL. – (**Fogoso**) Entonces, cuando la encontraba yo a usted aquí, como esta noche, mirando hacia allá ... (**Le muestra a París**)

CECILIA. – (**Sin inmutarse**) Sí. Pensando que él estaba allá... en brazos de otra...

MARCEL. – ¿Me negará usted que entonces no se sentía demasiado sola, que no le hacía falta un afecto, que mi comprensión?

CECILIA. – (**Mordaz**) ¡Oh, la comprensión!

MARCEL. – Negaría usted ahora...

CECILIA. – ¿Estaría usted aquí en este momento, hablándome con tanta pasión, si no hubiera entre los dos un poco de Misterio?

(**Pausa**)

MARCEL. – (**En el colmo del desconcierto**) ¿Qué he sido entonces para Ud, Cecilia?... ¿Por qué, si usted quería a Ricardo a tal punto, y no deseaba vengarse de él, ni olvidarlo, ni...?

CECILIA. – ¡ Por eso mismo! ¡Porque ese amor, del que yo no podía ni quería prescindir, me atormentaba tanto. Si yo hubiera sido una mujer como Ninette, me habría consagrado ciegamente a mi hogar, y quizá nunca hubiera usted puesto los ojos en mí.... Por desgracia, cuando me enamoré de Ricardo, no ignoraba yo cómo eran los hombres, veía la vida en toda su realidad, sabía dudar de todo.... Mi amor, sin embargo, era más fuerte que mis dudas, que mis desengaños, y desde el día en que conocí a mi marido tuve miedo de perderlo. Comprendí que a su lado mi única arma era la belleza, y para conservarla no he omitido esfuerzo, ni

sacrificio, ni monstruosidad! ¡Para ser siempre bella, he llegado hasta a renunciar a los hijos. A pesar de todo, Ricardo no me pertenecía como yo lo ambicionaba, porque mi pasión era absorbente, llena de tormentos íntimos, de sospechas, de humillaciones. Y para no desesperarme, quise sobreponerme a ese afecto, no matando, sino empequeñeciéndolo! Pensé que, teniendo algo que ocultarle a mi marido, me atormentarían menos los secretos que yo adivinaba en él... Un triste cálculo de mujer complicada que usted estuvo lejos de sospechar cuando se acercaba a mí, en noches como esta, y cuando yo....

(**Pausa**)

MARCEL. – Sí, comprendo. Para él, el disoluto, el egoísta, todo el amor. Para mí, que finqué en usted mis mejores sueños... para mí... el engaño únicamente.

(**Pausa**)

CECILIA. – Ahora conoce usted toda la verdad.

MARCEL. – Y antes... ¿no merecí que usted me la dijera?

CECILIA. – Usted me creía una mujer más noble de lo que soy. Esto halagaba mi vanidad... Quise conservar a usted la idea que de mí tenía.... (**Le mira sonriendo amargamente**) ¿Le he desilusionado?

MARCEL. – (**Sin mucha convicción**) ¡Oh, no! ¡Eso nunca! Al contrario: yo no deseaba otra cosa, sino ver claro en el alma de usted... Que no hubiera secretos entre nosotros.

CECILIA. – Ahora es usted quien dice lo contrario de lo que piensa... ¡Lo mismo que todas! ¡No es más que una mujer!

MARCEL. – Lo que me atormenta es ver la inutilidad de un amor tan grande como el mío.

CECILIA. – ¿Inútil? ¿Qué locura es esa?... ¿Inútil un amor que le ha dado a usted más de lo que pudo imaginar? ¡Sin mí no tendría usted hoy a Ninette, ese afecto sencillo y ciego, esa mujercita que quizá sueña con usted en este instante, y que a fuerza de ternura le ha ido cerrando poco a poco los ojos del alma!..... Sin lo que usted llama nuestro amor, no me habría dado yo cuenta de su desconcierto, del vacío de su vida. Cuando le eché a usted sin escrúpulos en brazos de mi hermana, sabía yo que sólo en ellos encontraría usted la felicidad que andaba buscando torpemente; sabía yo que Ninette había de apartarle de tantas locas imaginaciones; que ella...

NINETTE. – (**A distancia**) Marcel...

(**Pausa**)

MARCEL,-. – (**Vacilante**) Cecilia...

CECILIA. – ¿Qué?

NINETTE. – (**Acercándose**) Marcel... Marcel....

(**MARCEL vacila entre las dos mujeres que le atraen**)

CECILIA. Vaya usted... Vaya... En mí no encontrará más que dolor... No vacile... No sueñe usted más... Se lo digo sin ironía.... Vaya usted a ella...

(**Entra NINETTE por la derecha alegremente. Trae en la mano un gorrito de bebé que coloca sobre la mesa. En seguida enciende la lámpara**)

NINETTE. – ¡Oh eras tú! Te oí hablar... Buenas noches, mi tesoro. (**Lo besa en las mejillas**)

MARCEL. – Buenas noches.

CECILIA. – ¿No pudiste dormir?

NINETTE. – No, Llegué a mi cuarto y el sueño huyó como por encanto.

CECILIA. – Eso sucede con frecuencia.

NINETTE. – Me puse entonces a terminar este gorrito, ¿Cómo te parece?

CECILIA. – ¡Encantador! ¿Qué opina usted, Marcel?

MARCEL. – Está bien.

CECILIA. – Tiene usted una mujer ideal.

NINETTE. – No te burles de mí.

CECILIA. – ¡Encantador! ¡Me parece ver ya la cabecita!...

NINETTE. – ¿No es verdad?

CECILIA. – Va a estar monísima la criatura... Confiéselo usted, Marcel.

MARCEL. – (**Fríamente**) Sí,..

NINETTE. – ¿Hasta para decir eso necesitas reflexionar? ¡Qué carácter!! (**Le acaricia la cabeza**)

CECILIA. – (**Jugando con el gorrito**) Marcel acabará por darse cuenta de que la imaginación es funesta...

(**El reloj toca dos arpeggios**)

NINETTE. – ¿Y Ricardo?... ¿No entró contigo?

MARCEL. – No.

CECILIA. – No tarda en llegar.

NINETTE. – ¿Vas a esperarlo acá?

CECILIA. – Sí.

NINETTE. – Hace frío... Ven, mi tesoro.... Hasta mañana, Cecilia.

CECILIA. – Hasta mañana

MARCEL. – (***Que contempla a CECILIA, se deja atraer por NINETTE, como por una fuerza que le anula la voluntad sin adormecerle el espíritu atormentado***)

Buenas noches...

CECILIA. – Buenas...

(***Salen NINETTE Y MARCEL por la derecha., Ella ríe a medida que se aleja... CECILIA contempla el gorrito con honda nostalgia, y luego el lápiz rojo... El dolor puede más que su voluntad. Levántase bruscamente, con gesto de desesperación, como quien se decide a emplear un recurso extremo. ¡Oh!.... ¡Basta ya!,... ¡No más! y sale por la izquierda. La escena permanece sola unos segundos***).

RICARDO entra por el foro, se sorprende al ver la lámpara encendida, sonrío al ver el gorrito, se turba al descubrir el lápiz rojo, que examina nerviosamente. Dicho objeto le hace fruncir el ceño y reflexionar. Luego revélase en su semblante un vago temor.

CECILIA reaparece, arreglada para salir, aunque con cierto descuido, que denota su nerviosidad. Al ver a RICARDO queda extática, mientras éste domina un movimiento de gacela.

RICARDO. – (***Mirando su reloj***) ¿Te hice esperar demasiado?

CECILIA. – No.

RICARDO. – Doce y media pasadas.... Es verdad... Pero, ¿habías salido?

CECILIA. – No.

RICARDO. – ¿Y ese sombrero?

CECILIA. – Voy a salir.

RICARDO. – ¿A esta hora?

CECILIA. – Sí.

RICARDO. – ¿A dónde?

CECILIA. – ¿Te interesa saberlo?

RICARDO. – (**Barruntando la discordia**) ¡Vamos! ¿De qué se trata esta vez? ¿Siguen las niñerías?

CECILIA. – Mi deseo era no molestarte en lo más mínimo; que entraras, como tantas veces, sin tener en cuenta que existo, y que mañana., ya no necesitaras mentir.

RICARDO. – (**Risueño**) ¡Ah! ¡Me abandonas! ¿Es eso? ... ¡Admirable!

CECILIA. – Ríe, sí. No obstante, te hablo en serio... con la mayor sangre fría.... He resuelto, sencillamente, no soportar más, no sufrir más.

RICARDO. – (**Sonriendo aun, pero algo inquieto ya**) ¡Ah, bien. Bien!.... Ya sé que tus celos injustificados...

CECILIA. – (**Serenamente**) ¡Ricardo! No te empeñes en disimular. Prefiero verte cínico. ¿Crees que, si nunca me rebelo contra tu manera de ser, es porque logras engañarme?... Te conozco mejor de lo que sospechas. No hay gesto tuyo, no hay pensamiento que se me escape... ni tus inquietudes... ni tus deseos tan extraños a mí, ni el hastío que te dejan las horas que vas a vivir fuera de tu casa.

RICARDO. – Bien.... Como quieras... Pero es ya muy tarde y...

CECILIA. – Tienes razón.

RICARDO. – Buenas noches.

CECILIA. – Buenas noches.

RICARDO. – (**Deteniéndose en la puerta, en vista de que ella no le sigue**) Ven.

CECILIA. – Déjame acá.

RICARDO. – Basta de bromas.

CECILIA. – ¿Todavía crees que es una broma?

RICARDO. – ¿Qué objeto tienen estas ridiculeces.

CECILIA. – ¿Y tu inquietud? ... Porque estás inquieto. No sabes si reír, si enfadarte.

RICARDO. – (**Rabioso**) ¡Basta ya!

CECILIA. – Es lo prudente.

RICARDO. – Está visto que tus malditos celos...

CECILIA. – ¿Es eso nada más?.... ¿Estoy celosa? Y si así fuera, ¿tendría razón o no?

RICARDO. – Llegamos, pues, a lo que deseabas. Necesitas una discusión.

CECILIA. – (**Irónica**) Me conformo con que digas qué justifica esta vez tu retardo... ¿No quieres decírmelo?... Vamos... Deseo llevar conmigo el grato recuerdo de una mentira más...

RICARDO. – (**Tomándola por un brazo**) Está bien. Sí. Te lo diré... Allá arriba.

CECILIA. – (**Retirándose de él suavemente**) Aquí

RICARDO. – (**Violento**) Una vez por todas te...

CECILIA. – ¿Te qué?

RICARDO. – Admitamos que sea cierto lo que imaginas.

CECILIA. – ¡Lo que imagino!

RICARDO. – Lo que imaginas, sí. Ya es exagerada tu suspicacia. No sé qué razón tengas para....

CECILIA. – Es verdad. Para que te des por vencido necesito ponerte delante de los ojos una prueba vulgar,.. ¿No basta tu turbación?... (**Va a mostrarle el lápiz rojo, pero no se decide a ello y ríe forzadamente**) ¡El ridículo que haces al pensar siquiera que conmigo te vale el disimulo!

RICARDO. – (**Energúmeno**) ¡Sea como sea! ¡Tendré que decir que es verdad!.... ¡Todo lo que piensas es verdad! ¡Y más aún! ¿Lo oyes? ¡Más aún!

CECILIA. – (**Indicando afanosa los altos de la villa**) ¡No grites, no grites!

RICARDO. – (**En voz baja y rabioso**) ¿Estás satisfecha? ¿Eso era lo que querías que te dijera?

CECILIA. – Sí.

RICARDO. – Déjame, pues, tranquilo.

CECILIA. – Ese era mi propósito. ¿Quién ha provocado esta discusión? Si yo hubiera sabido que estabas aquí....

RICARDO. – ¿Vas a continuar?

CECILIA. – En lo sucesivo tu tranquilidad será absoluta. Por lo demás, el puesto que ocupo en tu corazón es tan secundario

RICARDO. – (**Cediendo en su ira**) Cecilia: haces mal en juzgarme así.

CECILIA. – Sé que en el fondo eres bueno.... Tengo la desgracia de comprender demasiado las cosas... Aun más: sé que me quieres.

RICARDO. – (**Tratando de ser tierno en medio de su angustia**) Si lo pusieras en duda...

CECILIA. – Sé que me quieres mucho... (**Tomándole las manos**) Cuando me lo dices, eres sincero, aunque en tus entusiasmos haya uno poco de exageración.... y en el fondo de tu alma muchas inquietudes que no te atreverías a confesarme... y recuerdos que te causan más de un remordimiento.... Todo eso lo sé, y jamás te guardaré rencor. , Ven acá... para decirte adiós con un beso... (**Lo besa en la frente**)

RICARDO. – (**Sintiéndose ya dominador, y sonriendo incrédulamente**) Si tu determinación fuera verdad, no tendría yo derecho a detenerte; pero...

CECILIA. – Haces bien en no creerme.... Es lo mejor.... Separémonos como si se tratara de una broma.

RICARDO. – Te llevaré la idea, pues... Está bien... Te irás, si así lo deseas. Pero ahora mismo sería extemporáneo... Mañana... Buscaremos un pretexto cualquiera...

CECILIA. – Sería inútil...

RICARDO. – Me iré yo más bien.... Sí, es lo natural. Esta es tu casa... Me iré yo... No me volverás a ver en mucho tiempo... ¿Estás satisfecha?

CECILIA. – Lo que deseo es separarme de ti violentamente, ofendiendo tu amor propio, para que así no haya peligro de que volvamos a unirnos.

RICARDO. – (**Perdiendo de nuevo la sangre fría**) Si, harás lo quieras... Mañana. , (**La toma por el brazo**)

CECILIA. – (**Safándose**) ¿Ha de ser cuando tú lo dispongas?

RICARDO. – ¡Vamos!... (**Trata de obligarla a la fuerza a seguirle**)

CECILIA. – ¿La violencia?

RICARDO. – Te exijo que...

CECILIA. – ¡Pobre Ricardo! ¡Pierdes el sentido! ¡Quererme imponer tu voluntad...tu pobre voluntad!

RICARDO. – No. No es un mandato,

CECILIA. – ¿Entonces? ¿Una súplica?

RICARDO. – Si tú quieres.... No hay objeto en llevar adelante esta niñería. ¿Por qué has de amargarme siempre así las horas que paso al lado tuyo?

CECILIA. – Haz lo de siempre. No le des importancia.

RICARDO. – (**Rabioso**) ¡Oh! ¡Basta ya! (**Sale violentamente por la derecha, golpeando la puerta**).

CECILIA. – (**Apaga la lámpara. Luego dice, tres breve vacilación y con palabras que le salen de lo más hondo del alma**). Sí.... ¡Adiós, mi amor!

(Mientras el reloj toca tres arpegios, CECILIA va saliendo lentamente por el foro, a medida que contempla por última vez, uno a uno, los detalles de aquel ambiente en el cual pretende dejar su corazón... Pero cuando va a descender los escalones de la terraza, tropieza con una sombra que los sube lentamente... como el fantasma que simbolizara todos los pensamientos de aquel pobre cerebro femenino)

CECILIA se estremece y da un paso atrás al ver a DON FABIÁN.

DON FABIAN. – ¿Cecilia?

CECILIA. – ¿Cómo?... ¿Había salido usted?

DON FABIAN. – Sí.... Me hacía falta. , . ¿Qué diré? (**Da un ligero traspié**) Un poco de aire.... Deseaba... (**Se recarga en el espaldar de una silla**) Permítame usted.... (**Se sienta**)

(DON FABIAN debe dejar comprender que está algo ebrio; pero para ello ha de valerse de movimientos muy mesurados, sin la menor comicidad, la cual resultaría desastrosa en este momento culminante de la obra. Aquella ha de ser una embriaguez más sentimental que física. La voz del personaje debe parecer digna, con un gran fondo de amargura)

CECILIA. – ¿Se siente usted mal?

DON FABIÁN. – La fatiga... Es explicable... ¿A dónde iba usted?

CECILIA. – A dar una vuelta por el parque.

DON FABIÁN. – No... No me deje usted solo.

CECILIA. – ¿A eso ha salido usted?

DON FABIÁN. – ¿Qué?... ¿Qué sucede?

CECILIA. – Sabe usted que el licor es un veneno...

DON FABIÁN. – ¿Cómo?

CECILIA. – Esta vez es la muerte lo que va usted a buscar.

DON FABIÁN. – ¡La muerte!.... ¡Qué poca importancia le doy!

CECILIA. – Le creía menos débil de voluntad.

DON FABIÁN. – La mía es de hierro, se lo aseguro a usted. Pero a veces la encuentro sin objeto... No hay vida más inútil que la mía. De eso estoy convencido.

CECILIA. – Debí obligarle a venir con nosotros a la terraza.

DON FABIÁN. – No, no...

CECILIA. – ¿Sigue usted resentido conmigo?

DON FABIÁN. – ¡Oh, eso no!

CECILIA. – Sí. Toda la tarde ha estado usted hosco, silencioso... Parece mentira que le demos tanta importancia a una niñada... A lo que dije en un momento de irreflexión.

DON FABIÁN. – Aquello le salió a usted del fondo del alma. Lo sé muy bien.

CECILIA. – (**Débilmente**) No....

DON FABIÁN. – Y estamos de acuerdo. Mejor hubiera sido no conocerla a usted... O al menos: "no enseñarle tantas cosas" ... Si en vez de agujonear su curiosidad la hubiera yo adormecido; si tan sólo hubiera yo cultivado en usted los sentimientos femeninos, dentro de una dulce ignorancia, quizá sería usted hoy como Ninette.

CECILIA. – Eso jamás.

DON FABIÁN. – Usted libra la más terrible de las luchas entre su corazón hecho para querer, y esa maldita inteligencia que procuré aguzar... ¡Esa es mi Obra! ¡Eso he hecho de usted! ¡Del ser en quien puse toda mi razón de vivir.... Porque usted

fue durante muchos años mi único pensamiento!... ¡El único!... ¡Cecilia!... ¡Mi obra ... (**Sarcástico**) ¡El alma superior!.... Como quien dice, ¡el mayor de todos los desengaños!... (**Muy sentimental**) Porque al menos aquella criaturita que se fue poco tiempo después de nacer, me dejó esa vaga ilusión de lo que pudo haber sido.... La ilusión que puse más tarde en usted... (**Con despecho**) ¡Ah! ¡Esta vez ha sido el fracaso definitivo!

CECILIA. – Mi curiosidad era tal, que de todos modos...

DON FABIÁN. – No. Yo hubiera podido dominarla. Eso es lo que más me desespera: no ser tan sólo un equivocado, sino un infame.

CECILIA. – ¡Qué deseo de empequeñecerse!

DON FABIÁN. – ¡Un infame! Pues ni siquiera hice todo ese mal por convicción. Lo hice por vanidad y cobardía... Comprendí mi error cuando aun podía remediarlo, pero me fue imposible renunciar a usted, Cecilia... necesitaba verla todos los días, hablarle, merecer su atención, ser algo en su vida... , ¡Si hubiera yo tenido treinta años menos!... ¡Ah! Por desgracia, yo no era más que un pobre viejo, que le inspiraba a usted la más profunda repulsión física... ¡Sí, es la verdad, la verdad!.... Lo único que nos vinculaba era su curiosidad malsana; y, en vez de destruir esa curiosidad, yo la aguzaba... La aguzaba como quien teme que una hoguera se apague, y echa al fuego todo lo que encuentra a la mano... Ni siquiera preví que aquello debía tener un fin; que un día u otro el corazón de usted trataría de imponerse, y que entonces todas mis enseñanzas se volverían contra usted, contra sus más dulces sueños de mujer.

CECILIA. – -¿y qué importa todo eso, si logró usted hacer de mí una mujer consciente?

DON FABIÁN. – Una atormentada.

CECILIA. – Recuerde usted lo que tanto me ha dicho: los seres comprensivos tenemos una misión que cumplir: guiar a los inconscientes que nos ignoran, pero que sin nosotros no sabrían disfrutar de la vida. Su felicidad es nuestra obra; está hecha con los destrozos de nuestra vida íntima.

DON FABIÁN. – Sí.... Tal vez... Pero...

CECILIA. – Dice usted que Ninette es feliz. Esa felicidad ¿no será obra de quienes pensamos y sufrimos en torno de ella?

DON FABIÁN. – ¡Pobre chiquilla! Trata usted de aturdirse con reflexiones. También ellas embriagan a veces.... Mi pobre Cecilia.... Usted quisiera justificar su dolor, hallarle un objeto; aunque íntimamente usted se rebela.

CECILIA. – ¿Por qué negarlo? Nada tan justo a veces como la desesperación.

DON FABIÁN. – Saque usted partido de ella. ¡Recomience su vida! Busque un

nuevo afecto que...

CECILIA. – ¡Recomenzar la vida! ¡Buscar un nuevo afecto!... Usted es quien menos puede aconsejarme.

DON FABIÁN. – ¿El que menos? ¿Por qué?

CECILIA. – ¡Si en un momento de desesperación me resolviera yo a huir de aquí, donde tanto sufro! Porque usted tiene razón: ¡sufro atrozmente!... Si me resolviera a huir de aquí, me bastaría verle a usted junto a esta puerta, o en un rincón de este parque, al cruzarlo yo por última vez... Me bastaría apenas pensar en usted un segundo para que las reflexiones me hicieran flaquear y retroceder.

DON FABIÁN. – ¡Ah, no! ¡Eso no! Hasta allá no va mi error, hasta ser el causante de que usted viva esclavizada a una pasioncilla cualquiera.

CECILIA. – No, Don Fabián. No es la mía una pobre pasioncilla. También él, aunque no me comprenda, me debe su felicidad....Lo mismo que Ninette... No es tan mío como yo sueño; pero sin mí Ricardo perdería el equilibrio. ¿Qué era él antes de conocerme? Un desorientado, un hombre sin idea fija. Mi amor es lo que le ha dado fe en sí mismo, lo que le ha hecho optimista, audaz, ambicioso; lo que le ha trazado a su vida un plan. Hasta la maldad que pueda haber en él es obra mía: es la desmoralización del hombre feliz.... Dígame usted que pienso abandonarlo, y le verá temblar como un niño y caer en el más profundo desconcierto.... El no podría vivir sin mí... (**Un silencio**) Además..., no son sólo Ninette y Ricardo quienes acá me retienen.

DON FABIÁN. – (**Sacudido por una sospecha**) ¡Cecilia!... ¿Acaso?

CECILIA. - Marcel era otro pobre desorientado...

DON FABIÁN. – Entonces él...

CECILIA. – (**Serenamente**) Andaba el pobre buscándole un objeto a su vida.... Yo le mostré el camino que debía seguir; lo llevé hacia Ninette... Esa almita que, en mis horas de amarga comprensión, supe rodear de tanta mentira dulce...

DON FABIÁN. – (**Contemplando a CECILIA como hechizado**) Todos, todos han encontrado en usted la felicidad... ¡Ud. ha sabido crearla! En tanto que yo, chiquilla mía.... ¿Qué le he dado a usted, sino dolor?

CECILIA. – No vea usted mi dolor, sino la felicidad de esas almas que de mí dependen. Ellas son obra de mi espíritu, que usted modeló como la cera. Ninette es feliz, Ricardo es feliz... Marcel trata de serlo. Vea usted en ellos el fruto de su esfuerzo, de su sacrificio, de sus ilusiones, y en vez de una felicidad hallará tres.

DON FABIÁN. – ¿Y qué me importan ellos?... Sólo pienso en usted... sólo me preocupa usted... mi Cecilia... mi sueño... (**Acentuando la embriaguez sentimental**)... sueño inalcanzable..., como aquella flor ilusoria.... El cuento del

rosal... ¿Se lo he dicho a usted? ...

CECILIA. – Sí, si.... Muchas veces,

DON FABIÁN. – Es triste.... muy triste.... Acérquese usted, Cecilia...

CECILIA. – ¿Sigue usted fatigado?

DON FABIAN. – Uno poco, sí...

CECILIA. – Vamos. Le ayudaré a usted a subir la escalera... Ya no bajaré al parque...

(DON FABIAN se pone en pie difícilmente y CECILIA le conduce solícita, mientras canta el reloj los cuatro arpegios de la una y el telón cae lentamente)

FIN